

# GERALD DURRELL

## *La entrada*

Título original: *The Entrance*

Mis amigos Paul y Marjorie Glenham son ambos artistas fracasados, o quizá, para decirlo de un modo más caritativo, ninguno de los dos tiene éxito. Pero disfrutaban de su fracaso más de lo que la mayoría de los artistas de éxito disfrutaban del mismo. Eso es lo que les hace tan buenos compañeros, y una de las razones por las que siempre voy a verles y me quedo con ellos cuando estoy en Francia. Su laberíntica granja de Provenza se hallaba siempre en un estado de caos, con sacos de patatas, montones de hierbas secas, platos de ajos y bosques de maíz seco codeándose con pilas de los más horribles óleos y acuarelas a medio terminar, perpetrados por Marjorie, y extrañas esculturas del Neanderthal, obra de Paul. Por este revoltijo de mercado se paseaban gatos de todas las tonalidades y manchas y un río de canes, desde un perro lobo irlandés del tamaño de un pony hasta un viejo bulldog inglés que hacía ruidos como la *Rocket* de Stephenson. Alrededor de las paredes, alojada en vistosas jaulas, estaba la colección de canarios Roller de Marjorie, que cantaban con incansable vigor a cualquier hora del día, haciendo así difícil la conversación. Era una atmósfera cálida, amistosa y cacofónica, y a mí me encantaba.

Cuando llegué, a la caída de la noche, llevaba largo rato conduciendo y estaba cansado, situación que Paul se dispuso a remediar por medio de un coñac caliente con limón de proporciones hercúleas. Me alegré de haber llegado, pues durante la última media hora una tormenta estival había avanzado pesadamente por el paisaje como un gran manto negro, y los truenos retumbaban entre los peñascos como un millón de rocas precipitándose por una escalera de madera. Acababa de alcanzar la seguridad de la cálida y ruidosa cocina perfumada con los apetitosos olores de los guisos de Marjorie, cuando empezó a llover a cántaros. El ruido de la lluvia sobre el tejado de tejas mezclado con el de los imponentes truenos que hacían temblar hasta la sólida casa de piedra, despertó el espíritu competitivo de los canarios, y todos rompieron a cantar si-multáneamente. Era la tormenta más ruidosa que había visto en mi vida.

-¿Otro vasito, muchacho? -preguntó Paul con aire optimista.

-¡No, no! -gritó Marjorie por encima de los gorjeantes cantos de los pájaros y el rugido de la lluvia-o La comida está lista y se estropeará si os hacéis esperar. Tomad vino. Ven y siéntate, querido Gerry.

-Vino, vino, eso es. Tengo algo especial para ti, muchacho -dijo Paul, y se dirigió a la bodega para reaparecer un momento después con los brazos llenos de botellas, que depositó reverentemente sobre la mesa cerca de mí-o He descubierto un Gigondas especial. Te aseguro que es sangre de brontosaurio, querido amigo, puro jugo de mons-truo prehistórico. Irá bien con las trufas y la gallina de Guinea que ha preparado Marjorie.

Descorchó una botella y escanció el vino rojo vivo en una copa generosamente grande. Tenía razón. El vino se deslizaba en tu boca como terciopelo rojo y luego, cuando alcanzaba la parte trasera de la lengua, estallaba como fuego de artificio en las células del cerebro.

¿Bueno, eh? -dijo Paul, observando mi expresión-o Lo encontré en una pequeña *cave* cerca de Carpentras. Era un día de calor abrasador, y la *cave* estaba tan fresca y agradable que antes de darme cuenta de lo que hacía me bebí dos botellas. Desde luego es un vino seductor.

Naturalmente, cuando volví a salir al sol el muy maldito me gol-peó como un martillo pilón. Tuvo que conducir Marjorie.

-Me dio tanta vergüenza -dijo Marjorie, poniendo ante mí una trufa negra del tamaño de un melocotón recubierta de una capa frágil, ligera como una pluma, de crujiente pasta parda-o Pagó el vino y luego se inclinó hacia el *patrón* y cayó de bruces. El *patrón* y sus hijos tuvieron que llevarle en volandas al coche. Fue repulsivo.

- Tonterías -dijo Paul-, el *patrón* quedó encantado. Dio a su vino el espaldarazo que precisaba.

-Eso es lo que tú te crees -dijo Marjorie-. Empieza ya, Gerry, antes de que se te enfríe.

Corté la esfera de pasta dorada que tenía delante y liberé el perfume de la trufa, semejante al delicioso aroma de un bosque húmedo en otoño, un millón de olores frondosos y terrosos agrupados en uno. Con el Gigondas como acompañamiento, pro-metía ser una comida para dioses. Guardamos silencio mientras atacábamos nuestras respectivas trufas y escuchábamos el ruido de la lluvia contra el tejado, el rugido de los truenos y el canto casi apoplético de los canarios. El bulldog, que sin razón aparente se había enamorado súbita y profundamente de mí, estaba sentado junto a mi silla y me observaba fijamente con sus ojos saltones y castaños, jadeando y resollando de modo apacible.

-Magnífico, Marjorie -dije mientras el último fragmento de pasta se disolvía como un copo de nieve en mi lengua-o No sé por qué no abris un restaurante tú y Paul: con tu mano para la cocina y el gusto de Paul en la elección de vinos no tardaríais nada en tener tres estrellas en la guía Michelin.

-Gracias, querido -dijo Marjorie sorbiendo su vino-, pero prefiero cocinar para un pequeño público de *gourmets* a hacerla para un gran público de *gourmands*.

-Tienes razón, no se puede negar -convino Paul, sirviendo vino en nuestros vasos con alegre abandono.

El súbito y prolongado estampido de un trueno, justo encima de nuestras cabezas, impidió la conversación durante un largo minuto, y fue tan violento y prolongado que hasta los canarios guardaron silencio, intimidados por el ruido. Cuando terminó, Marjorie señaló con el tenedor a su marido.

-No te olvides de dar a Gerry tu chisme -dijo.

-¿Chisme? -preguntó Paul sin comprender-. ¿Qué chisme?

-Ya *sabes* -dijo Marjorie de modo impaciente-, tu chisme ... tu manuscrito ... Es precisamente el tipo de noche idóneo para que lo lea. -Oh, el manuscrito ... *sí* -dijo Paul con entusiasmo-. La noche *perfecta* para que lo lea. -Me niego -protesté-o Vuestros cuadros y esculturas son ya suficientemente malos. Que me ahorquen si encima leo vuestros esfuerzos literarios. -Mal bicho -dijo Marjorie con buen humor- De todas formas no lo ha escrito Paul, sino otra persona.

-No creo que *merezca* leerlo después de esos comentarios despreciativos sobre mi arte -dijo Paul-. Es demasiado bueno para él.

- ¿Qué es? -pregunté.

-Es un manuscrito muy curioso que encontré ... -empezó Paul, pero Marjorie le interrumpió. -No le hables de ello, déjale leerlo -dijo-. Podría decir que *a mí* me produjo pesadillas.

Mientras Marjorie servía porciones de gallina de Guinea envuelta en un aroma casi tangible de hierbas y ajo, Paul se dirigió a un rincón de la cocina en el que se alzaba un tambaleante montículo de libros, como una especie de castillo en ruinas, entre dos sacos de patatas y un gran tonel de vino. Anduvo revolviendo durante un rato y luego apareció triunfalmente con un grueso cuaderno rojo, muy deteriorado por el uso, y lo puso sobre la mesa.

-¡Aquí está! -dijo con satisfacción- Nada más leerlo pensé en ti. Lo encontré entre un montón de libros que compré cuando vendieron la biblioteca del viejo Doctor Lepitre, en tiempos médico de la cárcel de Marsella. No sé si será una broma o qué.

Abrió el cuaderno y en el interior de la cubierta encontré un ex libris en negro, tres cipreses y un reloj de arena bajo el cual estaba escrito en letras góticas «*Ex Libras Lepitre*». Hojeé sus páginas y descubrí que el manuscrito estaba redactado con una letra regular, de las más hermosas y elegantes que he visto, y la tinta se había desteñido hasta adquirir un color pardo mohoso.

-Desearía haber esperado a que se hiciera de día para leerlo -dijo Marjorie con un estremecimiento.

-¿Qué es? ¿Una historia de fantasmas? -pregunté con curiosidad.

-No -dijo Paul con aire de duda-, al menos no exactamente. Por desgracia el viejo Lepitre está muerto, de modo que no podría averiguar nada al respecto. Es una historia muy curiosa. Nada más leerla me acordé de ti, pues conozco tu interés por lo oculto y las cosas que suceden de noche. Léelo y dime qué te parece. Si quieres puedes quedarte con el manuscrito. En cualquier caso puede que te divierta.

- yo no lo llamaría divertido -dijo Marjorie. Cualquier cosa menos divertido. Creo que es horrendo.

Horas después, lleno de buena comida y vino, cogí la enorme lámpara dorada de aceite, limpiada con esmero, y a su dulce luz de un amarillo narciso me encaminé escaleras arriba hacia la habitación de los huéspedes, donde me aguardaba un lecho de plumas del tamaño de una puerta de granero. Me había seguido el bulldog, que me observó entre jadeos mientras me desnudaba y me acostaba. Ahora, tumbado junto a la cama, me miraba de modo conmovedor. Seguía arreciando la tormenta, y el retumbo de los truenos era casi continuo, mientras que el deslumbrante fogonazo de los relámpagos iluminaba a intervalos la habitación. Regulé la mecha de la lámpara, me la acerqué, cogí el cuaderno rojo y me acomodé contra las almohadas para leer. El manuscrito comenzaba sin preámbulo.

«16 de marzo de 1901. Marsella.

»Tengo toda la noche por delante, y como sé que no podré dormir -a pesar de mi resolución-, he pensado en escribir con detalle lo que acaba de sucederme. Me temo que no por ello resultará más creíble, pero hará pasar el tiempo hasta que llegue la aurora, y con ella mi liberación.

»En primer lugar, debo explicar algo sobre mí mismo y mi relación con Gideon de Teildras Villeray, para que el lector (si es que llega a haber alguno) entienda cómo llegué a verme en el corazón de Francia en mitad del invierno. Soy librero anticuario, y puedo decir con toda modestia que estoy en la cumbre de mi profesión. O quizá sería más exacto decir que *estaba* en la cumbre de mi profesión. Uno de mis colegas librereros llegó a describirme -espero que con ánimo más ligero que celoso como un «sabueso literario», descripción que supongo me cuadra a su divertida manera.

»Cien bibliotecas o más han pasado por mis manos, y he sido responsable de algunos hallazgos importantes; por ejemplo, el del manuscrito original de Gottenstein; el de la rara Biblia ilustrada "Conrad", tan hermosa según algunos como el *Libro de Kells*; el de cinco poemas inéditos de Blake, que rescaté de un saldo provinciano nada prometedor en los Midlands; y de muchos descubrimientos menores pero no menos satisfactorios, como el de la primera edición firmada de *Alicia en el País de las Maravillas*, que encontré en un baúl lleno de libros y juguetes rotos en el cuarto de los niños de la casa de un párroco de Shropshire, y un ejemplar de regalo de los *Sonetos del portugués*, firmado y con una estrofa de seis versos escrita al alimón en la hoja de guarda por Robert y Elizabeth Browning.

»La facultad de descubrir tales cosas en lugares improbables resulta bastante parecida a la del zahorí: o se nace con ella o no se tiene. No es algo que pueda adquirirse, aunque desde luego es posible, por medio de la experiencia, agudizar las percepciones y hacer más penetrante la

mirada. Dedico además mi tiempo libre a catalogar algunas de las más pequeñas e importantes bibliotecas, pues simplemente *estar* entre libros me procura un placer enorme. El silencio de una biblioteca, el olor y el tacto de los libros son para mí como el sabor y la textura de la comida para un *gourmet*. Acaso parezca fantástico, pero cuando estoy en una biblioteca puedo oír en torno a mí una miríada de voces, como si estuviera en medio de un vasto coro, un coro de sabiduría y belleza.

»Naturalmente, debido a mi trabajo, fue en Sotheby's donde conocí a Gideon. Había encontrado en una casa de Sussex una pequeña pero interesante colección de primeras ediciones, y como tenía curiosidad por saber qué cotización alcanzarían, asistí a la subasta. Mientras se sucedían las ofertas tuve la incómoda sensación de ser observado. Eché una mirada a mí alrededor, pero no pude ver a nadie cuya atención no estuviera puesta en el subastador. Sin embargo, a medida que avanzaba la subasta me sentí cada vez más incómodo. Quizá sea una palabra demasiado fuerte, pero acabé convencido de que era objeto de un intenso escrutinio.

»Al fin el gentío de la sala se movió ligeramente y vi quién era. Era un hombre de estatura media con rostro apuesto pero un tanto mofletudo, ojos oscuros penetrantes y muy grandes, y pelo negro y rizado que llevaba bastante largo. Iba vestido con un abrigo oscuro de buen corte, con cuello de astracán, y en sus manos elegantemente enguantadas llevaba el catálogo de la subasta y un sombrero de terciopelo oscuro y ala ancha. Tenía sus brillantes ojos agitanados clavados con fuerza en mí, pero cuando se dio cuenta de que le observaba su mirada perdió intensidad, y me dirigió una pálida sonrisa y una leve inclinación de cabeza, como para reconocer que le había sorprendido examinándome de un modo tan vulgar. Luego se volvió, se abrió paso entre la gente que le rodeaba y pronto le perdí de vista.

»No sé por qué, pero el intenso escrutinio de este extraño me desconcertó hasta tal punto que apenas atendí al resto de la subasta, excepto para fijarme en que el lote que había aportado alcanzó una puja más elevada de lo que había previsto. Una vez acabada la subasta, me abrí paso a través del gentío y salí a la calle.

»Era un día frío y desapacible de febrero, con ese desagradable olor ahumado en el aire que augura niebla y te pone áspero el fondo de la garganta. Dado que parecía tan destemplado como si fuera a empezar a lloviznar, tomé un coche. Poseo una de esas casas altas y estrechas en Smith Street, al lado de King's Road. La heredé de mi madre y me viene muy bien. No está en una zona elegante de la ciudad, pero es suficientemente grande para un soltero como yo y sus libros, pues a lo largo de los años he ido formando una biblioteca pequeña pero sumamente escogida sobre las diversas materias que me interesan: arte hindú, sobre todo miniaturas; algunas de las primeras Historias Naturales; una colección restringida pero bastante rara de libros sobre ciencias ocultas; cierta cantidad de volúmenes sobre plantas y grandes jardines, y una buena colección de primeras ediciones de novelistas contemporáneos. Mi casa está amueblada de modo sencillo, pero resulta cómoda; aunque no soy rico, tengo suficiente para mis necesidades y para mantener una buena mesa y una bodega muy razonable.

Mientras pagaba el coche y subía los escalones hacia mi puerta principal me di cuenta de que, como había previsto, la niebla estaba empezando a descender sobre la ciudad. Ya resultaba difícil ver el final de la calle. Obviamente la bruma se iba a convertir en una verdadera sopa de guisantes, y me alegré de estar en casa. Mrs. Manning, mi ama de llaves, había encendido un fuego brillante y alegre en mi pequeño salón, y como de costumbre había dejado mis zapatillas junto a mi sillón favorito (pues, ¿quién puede descansar sin zapatillas?) y, en una mesita, los ingredientes necesarios para preparar un ponche reanimador. Me quité el abrigo y el sombrero, me descalcé y me puse las zapatillas.

Al cabo de un rato, proveniente de la cocina de abajo, apareció Mrs. Manning y me preguntó si no me importaría, en vista del tiempo, que se fuera a casa, pues parecía que la niebla se estaba espesando. Me había dejado sopa, un filete, pastel de riñón y una tarta de manzana, todo lo cual

sólo necesitaba calentarse. Accedí de buen grado, pues en numerosas ocasiones había cuidado de mí mismo de esta forma.

-Hace un rato vino a vede un caballero -dijo luego Mrs. Manning.

-¿Un caballero? ¿Cómo se llamaba? -pregunté, asombrado de que alguien hubiera venido a visitarme en una tarde como aquélla.

-No quiso dejar su nombre, señor -contestó-, pero dijo que volvería. Imaginé que, con toda probabilidad, tendría algo que ver con una biblioteca que estaba catalogando, Y no volví a pensar en el asunto. poco después reapareció Mrs. Manning vestida de calle. La acompañé hasta la puerta principal y una vez hubo salido eché concienzudamente el cerrojo, para volver a mi bebida y al cálido fuego. Proveniente del piso superior, donde estaba mi estudio y su cómoda cesta, apareció mi gato Neptuno, que tras un débil miau de saludo saltó airosamente a mi regazo y se puso a restregar sus garras delanteras, después de lo cual se acomodó para soñar y dormir, ronroneando como una gran colmena de carey. Al cabo de un rato, arrullado por el fuego, el ponche y el ruidoso ronroneo de Neptuno, yo también me quedé dormido.

»Debí dormir profundamente, pues desperté con un sobresalto y sin poder recordar qué era lo que me había despertado. Neptuno se alzó sobre mi regazo, estirándose y bostezando como si supiera que le iba a molestar. Agucé el oído, pero la casa estaba en silencio. Acababa de decidir que debía haber sido el crujido siseante de los carbones al moverse en el hogar cuando me llegó una imperiosa llamada desde la puerta principal. Me dirigí hacia ella, reparando mientras tanto el daño que había hecho el sueño en mi pulcra apariencia, enderezándome el cuello y la corbata y alisándome el pelo, como siempre rebelde.

»Di la luz del vestíbulo, descorrí el cerrojo de la puerta principal y la abrí. Entraron arremolinándose jirones de bruma, y allí, sobre el escalón superior, estaba el curioso hombre agitanado al que había sorprendido observándome con tanta intensidad en Sotheby's. Ahora iba vestido con un traje de etiqueta de buen corte y una capa forrada de seda roja. Cubría su cabeza con un sombrero de copa cuyo brillante aspecto se veía empañado por las gotitas de humedad depositadas por la niebla, que se movía tras él como un malsano telón de foro amarillo. En una mano enguantada sostenía un delgado bastón de ébano con un mango de oro bellamente trabajado, balanceándose suavemente entre sus dedos como un péndulo. Cuando vio que era yo quien había abierto la puerta, en vez de un mayordomo o alguna criada, se irguió y se quitó el sombrero.

-Buenas noches -dijo, dedicándome una sonrisa de lo más encantador que mostró unos dientes magníficos, blancos y regulares. Su voz tenía una peculiar cualidad ronca, rítmica y musical que resultaba de lo más atractivo, efecto realzado por su leve pero perceptible acento francés.

-Buenas noches -dije, perplejo ante lo que aquel extraño podía querer de mí.

-¿Hablo con Mr. Letting ... Mr. Peter Letting?

»-Sí. Soy Peter Letting.

Volvió a sonreír, se quitó el guante y me tendió una mano bien manicurada en la que refulgía un gran ópalo de fuego montado sobre un anillo de oro.

-Estoy más encantado de lo que podría decir por esta oportunidad de conocerle, señor -dijo mientras me estrechaba la mano-, y en primer lugar debo disculparme por molestarle a estas horas en una noche como ésta.

Se arrebujó en su capa y echó una mirada a la húmeda niebla amarilla que se arremolinaba tras él. Al ver esto me di cuenta de que debía pedirle que pasase y me contase qué quería, pues no hubiera sido nada educado dejarle sobre el escalón con aquel tiempo tan desagradable. Entró en el vestíbulo y cuando me volví, después de cerrar la puerta y echar el cerrojo, descubrí que se había despojado del sombrero, el bastón y la capa, y me miraba con aire expectante mientras se frotaba las manos.

-Pase al salón, Mr. .. -me detuve con una nota de interrogación.

»Le cruzó la cara una curiosa e infantil expresión de enojo, y me miró con aire contrito.

-Mi querido señor -dijo-, mi querido Mr. Letting. Es sumamente negligente por mi parte. Pensará que carezco totalmente de maneras sociales, al verme entrar en su casa en una noche como ésta sin tomarme siquiera la molestia de presentarme. Le pido que me disculpe. Soy Gideon de Teildras Villeray.

-Encantado de conocerle -dije educadamente, aunque a fuerza de ser sincero debo confesar que pese a su obvio encanto me sentía ligeramente intranquilo, pues no entendía qué podía querer un francés de linaje sin duda aristocrático de un librero de viejo como yo-o Quizá -seguí- desee entrar y compartir una bebida ... Tal vez un poco de vino, o dado que la noche está tan fría, ¿acaso un coñac?

-Es usted muy amable y tolerante -dijo con una leve reverencia, sonriendo aún de modo seductor-. Le aseguro que me vendría muy bien un vaso de vino.

Le guié hasta el salón, donde se acercó a la chimenea y extendió sus manos hacia las llamas, abriendo y cerrando los blancos dedos de tal modo que el ópalo de su anillo se agitaba como una mancha de sangre contra su blanca piel. Escogí una excelente botella de Margaux y la subí cuidadosamente al salón con dos de mis mejores copas de cristal. Mi visitante se había alejado del fuego y ahora estaba junto a mis estanterías con un libro entre las manos. Alzó la vista cuando entré y sostuvo en alto el volumen.

»-Qué soberbio ejemplar de Eliphaz Levi -dijo con entusiasmo-, y qué preciosa colección de *grimoires* tiene usted. No sabía que estuviera interesado en las ciencias ocultas.

»-En realidad no lo estoy -dije mientras descorchaba la botella- Al fin y al cabo, ningún hombre cuerdo puede creer en brujas y magos y aquelarres y hechizos y todas esas supersticiones. No, simplemente los colecciono como libros interesantes de gran valor que en muchos casos, debido a su contenido, resultan sumamente divertidos.

»-¿Divertidos? -dijo, adelantándose para coger la copa de vino que le tendía- ¿Qué entiende por divertidos?

»-Bueno, ¿no le parece divertida la idea de hombres adultos musitando todos esos tontos hechizos y velando durante horas en mitad de la noche a la espera de que aparezca Satán? Confieso que lo encuentro realmente muy divertido.

»- yo no -dijo, y luego, como si temiese haber sido demasiado abrupto y quizá descortés, sonrió, y alzó su copa-o A su salud, Mr. Letting. »Bebimos. Paladeó calmosamente el vino y luego alzó las cejas.

»-Me permito felicitarle por su bodega -dijo- Este Margaux es excelente.

»-Gracias -contesté, halagado, debo confesar, de que este aristocrático francés aprobara mi gusto en cuestión de vinos- ¿No quiere sentarse y explicarme quizá en qué puedo servirle?

»Tomó asiento elegantemente en un sillón junto al fuego, dio un sorbo de vino y se me quedó mirando pensativamente durante un momento. Cuando tenía la cara en reposo advertías el tamaño, la negrura y el brillo de sus ojos. Parecían sondearte, casi como si pudieran leer tus mismos pensamientos. La impresión que producían me hacía sentirme incómodo, por decirlo de un modo suave. Pero luego sonreía e inmediatamente los ojos refulgían con malicia, buen humor y un encanto abrumador.

»-Me temo que mi inesperada llegada a una hora tan avanzada de la noche ... en una noche como ésta ... debe dar un aire de misterio a lo que es, me temo, una petición muy normal que tengo que hacerle. Se trata simplemente de que desearía que catalogase para mí una biblioteca, una colección comparativamente pequeña de libros, calculo que no más de doce centenares, que me dejó mi tía cuando murió el año pasado. Como digo, es sólo una pequeña colección de libros y no he hecho más que echarles una mirada rápida. No obstante, creo que contiene algunas cosas raras y valiosas, y me parece necesario catalogarla debidamente, precaución que nunca tomó mi tía, pobrecilla. Era una mujer con una mente de algodón en rama, y me atrevería a jurar que nunca abrió un libro desde el inicio hasta el fin de sus días. Llevó una existencia incontaminada e

imperturbada por la menor brisa de cultura. Había heredado los libros de su padre, y desde el día en que llegaron a sus manos jamás les prestó la menor atención. Ahora son un revoltijo desordenado y confuso, y le agradecería que me prestase su pericia para clasificarlos. La razón de que haya invadido su casa a semejante hora es la fuerza de las circunstancias, pues debo volver a Francia mañana por la mañana, muy temprano, y ésta era la única oportunidad que tenía de verle, Confío en que pueda disponer del tiempo necesario para hacerlo.

»-Me alegrará prestarle toda la ayuda que pueda -dije, pues debo admitir que la idea de un viaje a Francia resultaba agradable-, pero tengo curiosidad por saber por qué se ha fijado en mí cuando hay tanta gente en París que podría hacer el trabajo igual de bien, si no mejor.

»-Creo que es injusto consigo mismo -dijo mi visitante-o Debe ser consciente de la excelente reputación de que goza. Pedí consejo a diversas personas, y cuando descubrí que todas me recomendaban espontáneamente a usted, me sentí seguro de que si accedía a hacer el trabajo tendría lo mejor de lo mejor, mi querido Mr. Letting.

»Confieso que me sonrojé de placer, dado que no tenía ninguna razón para dudar de la sinceridad de aquel hombre. Resultaba agradable saber que mis colegas tenían tan alta opinión de mí:

»-¿Cuándo desea que empiece? -pregunté. »Extendió las manos y encogió expresivamente los hombros.

»-No tengo prisa -dijo- Naturalmente, tendré que ajustarme a sus planes. Pero estaba preguntándome si podría comenzar, digamos, hacia la primavera. El valle del Loira está especialmente hermoso en esa época, y no hay razón para que no disfrute del paisaje al tiempo que cataloga libros.

»-La primavera me viene estupendamente -dije sirviendo más vino-o ¿Estaría bien abril?

»-Excelente -contestó- Calculo que el trabajo le llevará cosa de un mes, pero por lo que a mí respecta puede quedarse todo el tiempo que desee. Tengo una buena bodega y un buen cocinero, de modo que puedo satisfacer enteramente las necesidades de la carne.

»Fui por mi agenda y convinimos en que el catorce de abril sería una fecha adecuada para ambos. Mi visitante se levantó para irse.

»-Sólo una cosa más -dijo mientras se echaba la capa sobre los hombros- Soy el primero en admitir que tengo un nombre difícil de recordar y de pronunciar. Por tanto, si no lo considera atrevido por mi parte, me gustaría que me llamara Gideon, y ¿puedo llamarle a usted Peter?

»-Por supuesto -dije inmediatamente con cierto alivio, pues el nombre de Teildras Villeray no era de esos que se deslizan con facilidad por la lengua.

»Me estrechó afectuosamente la mano, se disculpó una vez más por molestarme, prometió que me escribiría explicándome con todo detalle cómo llegar a su residencia en Francia y luego penetró confiadamente en los remolinos de niebla amarilla, donde no tardé en perderle de vista.

»Volví a mi cálido y cómodo salón y terminé la botella de vino mientras reflexionaba sobre mi extraño visitante. Cuando más pensaba en ello más curioso me parecía el entero incidente. Por ejemplo, ¿por qué no se había acercado a mí Gideon cuando me vio por primera vez en Sotheby's? Dijo que no tenía prisa por ver su biblioteca catalogada y, sin embargo, le pareció apremiante entrevistarse conmigo a altas horas de la noche, como si la cuestión fuese de gran urgencia. Sin duda podía haberme escrito. ¿O pensó acaso que la fuerza de su personalidad me haría aceptar un encargo que de otro modo podría haber rechazado?

»No sabía a qué atenerme respecto al hombre en sí. Como he dicho, cuando su cara estaba en reposo sus ojos eran tan intensamente sombríos y penetrantes que me hacían sentirme intranquilo, y me llenaban casi de una sensación de repugnancia. Pero cuando sonreía y sus ojos brillaban de regocijo y hablaba con aquella voz ronca y musical, me sentía encantado contra mi voluntad. Decidí que era un personaje sumamente curioso, y resolví tratar de averiguar algo más acerca de él antes de ir a Francia. Una vez tomada esta decisión, me dirigí a la cocina precedido por un Neptuno ahora hambriento y me preparé una cena tardía.

»Días después me encontré en una subasta con mi viejo amigo Edward Mallenger. Durante el curso de la misma le pregunté casualmente si conocía a Gideon. Me echó una mirada sumamente penetrante por encima de sus gafas.

»-¿Gideon de Teildras Villeray? -preguntó-. ¿Te refieres al conde ... el sobrino del viejo marqués de Teildras Villeray?

»-No me dijo que fuera conde, pero supongo que debe ser el mismo -respondí- ¿Sabes algo acerca de él?

»-Cuando acabe la subasta iremos a tomar una copa y te contaré -dijo Edward-. Es una familia muy rara ... al menos el viejo marqués es notablemente raro.

»Una vez concluida la subasta, fuimos al *pub* local y Edward me contó lo que sabía de Gideon. Por lo visto, hacía muchos años, el marqués de Teildras Villeray había pedido a mi amigo que fuera a Francia (como me había pedido a mí Gideon) para catalogar y valorar su amplia biblioteca. Edward había aceptado el encargo y había partido para la residencia del marqués en la Gorge du Tam.

- ¿Conoces esa región de Francia? -preguntó Edward.

-Jamás he estado en Francia -confesé. »-Bueno, es una región desolada. La casa está en un paraje agreste y remoto en medio de la misma Gorge. Es una tierra escabrosa, con enormes riscos y profundas gargantas sombrías, cascadas y torrentes impetuosos, parecida a la de los grabados que hizo Gustavo Doré para el Infierno de Dante, ya sabes.

»Edward se detuvo para sorber pensativamente su bebida, y luego se puso a encender un puro. Cuando el tiro le resultó satisfactorio, continuó.

»-En la casa, aparte de los sirvientes familiares, que sólo parecían ser tres (un número pequeño para una residencia tan grande), estaban el tío y su sobrino, que según entiendo fue el que te visitó la otra noche. El tío era ... bueno, para no andarnos con eufemismos, un hombre de lo más desagradable. Calculo que debía tener unos ochenta y cinco años, una cara realmente impúdica y maliciosa y unas maneras untuosas que obviamente consideraba encantadoras. El chico tenía cosa de catorce años y unos enormes ojos oscuros en una cara pálida. Era un muchacho inteligente, viejo para su edad, pero lo que me preocupaba era que parecía sufrir un miedo intenso, miedo, pensaba yo, de su tío.

»La noche de mi llegada, una vez concluida la cena, que me pareció escasa y mal cocinada para Francia, me fui temprano a la cama, pues el viaje me había fatigado. El viejo y el chico se quedaron de sobremesa. Resultó que el comedor estaba justo debajo de mi dormitorio, y así, aunque no pude oír claramente todo lo que hablaban, oí lo suficiente para entender que el viejo hacía todo lo posible para persuadir a su sobrino de que hiciese algo que al chico le parecía repugnante, pues se negaba de modo vehemente. La discusión siguió durante algún tiempo, y a medida que avanzaba la voz del tío se volvía cada vez más elevada e irritada. De repente oí el ruido que hizo una silla cuando el chico se puso en pie y gritó -sin duda lo gritó, mi querido Peter- en francés a su tío: "No, no, no seré devorado para que tú vivas ... Te odio." Lo oí con toda claridad, y me pareció pasmoso que un muchacho dijera una cosa así. Luego oí abrirse y cerrarse violentamente la puerta del salón comedor, las pisadas del chico subiendo las escaleras y finalmente el portazo de lo que supuse sería la puerta de su dormitorio.

»Poco después oí levantarse al tío de la mesa y empezar a subir las escaleras. Sus pisadas resultaban inconfundibles, pues tenía torcido y lisiado el pie izquierdo, y caminaba arrastrándolo lentamente con una pronunciada cojera. Subía muy despacio las escaleras, y te aseguro, mi querido Peter, que había tal indudable maldad en su lenta y renqueante aproximación que me puso realmente los pelos de punta. Le oí acercarse a la puerta del dormitorio del chico, abrirla y entrar. Pronunció dos o tres veces el nombre del chico, dulce y halagadoramente, pero con un indescriptible tono amenazador. Luego dijo una frase que no entendí. Después de esto cerró la puerta del chico y le oí durante unos momentos arrastrándose y renqueando por el largo pasillo hacia su propio alojamiento.



»Abrí la puerta de mi cuarto y oí un llanto velado proveniente del chico, como si el pobrecillo tuviera la cabeza bajo la ropa de cama. Duró largo tiempo, y me preocupó mucho. Deseaba ir a consolarle, pero pensé que le resultaría embarazoso, y en cualquier caso no era realmente asunto de mi incumbencia. Pero la situación no me gustaba en modo alguno. La entera atmósfera, mi querido Peter, estaba cargada de algo desagradable.

»No soy hombre supersticioso, como bien sabes, pero me quedé despierto durante largo tiempo preguntándome si podría permanecer en la atmósfera de aquella casa durante las dos o tres semanas que me llevaría concluir el trabajo que me había comprometido a hacer. Afortunadamente, el destino me dio la oportunidad que necesitaba: justo al día siguiente recibí un telegrama según el cual mi hermana había caído gravemente enferma, y así pude pedir con toda licitud a Teildras Villeray que me dispensase del contrato. Por supuesto se mostró renuente a hacerlo, pero al final accedió de mala gana.

»Mientras esperaba el coche que había de llevarme a la estación eché una rápida mirada a su biblioteca. Como era realmente amplia se extendía por toda la casa, pero el grueso de ella se guardaba en lo que llamaba la Galería Larga, una estancia alargada y muy bonita que no hubiera desentonado en una de nuestras casas de campo aristocráticas. Espejos gigantescos pendían entre las estanterías; en realidad, toda la casa estaba llena de espejos. No recuerdo haber estado en ninguna otra que tuviera tantos.

»Ciertamente tenía una rara y valiosa colección de libros, sobre todo de una de tus materias favoritas, Peter: las ciencias ocultas. En mi apresurada inspección advertí entre otras cosas unos manuscritos hebreos sobre brujería sumamente interesantes, además de un original del *Descubrimiento de brujas*, de Matthew Hopkin, y un ejemplar verdaderamente hermoso de la obra de Dee *De Mirabilibus Naturae*. Pero luego llegó el coche y tras despedirme partí.

»Puedo decirte, querido amigo, que jamás en mi vida me he alegrado tanto de abandonar una casa. Creo realmente que el viejo era malévolo, y no me sorprendería enterarme de que practicaba la brujería y estaba intentando complicar a aquel agradable muchacho en sus viles industrias. Entiende, no obstante, que no tengo ninguna prueba de ello, por lo que no me gustaría repetirlo. Imagino que el tío habrá muerto ya, y si no deberá andar por los noventa y tantos. En cuanto al chico, más tarde me enteré por unos amigos de París de que había rumores según los cuales su vida privada no era enteramente como debería ser, hablillas sobre su apego a cierta mujer, ya sabes, pero todo esto resultaba circunstancial, y en cualquier caso, como sabes, querido amigo, los extranjeros tienen criterios morales diferentes de los de un inglés. Gracias a Dios, es una de las muchas cosas que nos diferencian del resto del mundo.

»Había escuchado con gran interés el relato de Edward, y decidí preguntar a Gideon por su tío si tenía ocasión de hacerlo.

»Me preparé para el viaje a Francia, debo admitirlo, con deleitosa anticipación, y el catorce de abril torné el tren para Dover y me embarqué sin ningún contratiempo (ni siquiera el del *mal de mer*) para Calais. Pasé la noche en París, probando las delicias de la comida y el vino franceses, y al día siguiente torné una vez más el tren. Finalmente llegué a la ajetreada estación de Tours. Gideon estaba allí esperándome, como había prometido. Parecía de muy buen talante y me saludó como a un viejo y apreciado amigo, lo cual, debo confesado, me halagó. Le agradecí que hubiera venido a recibirme, pero me interrumpió con un ademán.

»-No es nada, mi querido Peter -dijo- No tengo nada que hacer salvo comer, beber y engordar. La visita de alguien como tú es un raro placer.

»Salimos de la estación y montamos en una bonita calesa de la que tiraban dos hermosos caballo bayos, y partimos a paso rápido para sumirnos en una campiña de lo más delicioso, toda verde y oro brillando a la luz del sol.

»Durante una hora avanzamos por carreteras que se hacían cada vez más estrechas, hasta que nos vimos recorriendo un sendero flanqueado por dos altos taludes engalanados con toda suerte de flores, mientras por encima de nuestras cabezas se entrelazaban las ramas de los árboles que

creían a ambos lados, cubiertos con el delicado verde de las hojas de primavera. De vez en cuando se' abría un hueco en los elevados taludes, y entonces divisaba entre los árboles el destello plateado del Loira. Advertí que seguíamos una línea paralela a la que describía el gran río. En determinado momento pasamos ante los sólidos pilares de piedra y la verja de hierro forjado que guardaba el acceso a un sendero al final del cual se alzaba un inmenso y bellissimo *chá-teau* de reluciente piedra amarillo rosada. Gideon me vio mirándolo, quizá con expresión de maravillado asombro, pues parecía cabalmente sacado de un cuento de hadas. Sonrió.

»-Confío, mi querido Peter, en que no esperes que viva en una monstruosidad como esa. Si es así sufrirás una indudable desilusión. Me temo que mi *château* es de miniatura, aunque resulta suficientemente grande para mis necesidades.

»Aduje que no me importaba que viviera en un establo, pues la experiencia de estar por primera vez en Francia y contemplar todas aquellas vistas nuevas, junto con la perspectiva de un trabajo fascinante al término de la misma, resultaba para mí más que suficiente.

»Hasta el crepúsculo, cuando las sombras de las malvas se alargaban sobre los verdes prados, no llegamos a la residencia de Gideon, el Chateau St Claire. Los pilares de la entrada estaban coronados por dos grandes búhos, primorosamente cincelados en piedra de un claro color de miel, y vi que el mismo motivo se repetía del modo más diestro en la verja de hierro forjado que los pilares sostenían.

»Nada más entrar en la finca me sorprendió el contraste de la misma con la campiña que habíamos estado atravesando, lozana y exuberante, llena de flores silvestres y praderas de larga hierba encendida. Ahora el sendero estaba flanqueado por gigantescos robles y castaños, cuyos troncos, viejos y nudosos, tenían la circunferencia de una pequeña habitación, y una corteza tan gruesa como la piel de un elefante. No tengo idea de cuántos centenares de años llevaban aquellos árboles guardando la entrada del Chateau St Claire, pero muchos de ellos debían estar ya crecidos en tiempos del joven Shakespeare. El verde césped que había debajo era tan liso como el tapete de una mesa de billar, de lo que eran responsables varias manadas de gamos moteados que pacían sosegadamente a la luz del sol poniente. Los machos, con su fina cornamenta retorcida, alzaban la cabeza y nos miraban sin temor mientras pasábamos ante ellos por la avenida.

»Más allá del verde césped divisé una hilera de álamos gigantescos entre los que centelleaba el Loira. Luego el sendero se alejó del río y apareció el *Chateau*. Como había dicho Gideon, era pequeño pero perfecto, con la perfección de una miniatura. Sus muros de claro color de paja refulgían bajo el sol poniente, y la luz daba una pátina delicada a la pizarra azulada del tejado del ala principal y de sus dos torreones.

»Estaba rodeado por una amplia terraza de grandes losas, cercada por una ancha balaustrada sobre la que se veían posados más de treinta pavos reales, cuyas magníficas colas pendían sobre el cuidado césped. Alrededor de la balaustrada los macizos de flores, primorosamente cuidados, se encendían con pétalos de cien colores diferentes que parecían combinar con las colas de los pavos reales suspendidas entre ellos. Era una vista pasmosa. La calesa se detuvo junto a los anchos escalones, el mayordomo abrió la portezuela y Gideon se apeó, se quitó el sombrero y me dirigió una prolongada reverencia, mientras sonreía con aire malicioso.

»-Bienvenido al Chateau St Claire -dijo. »Así comenzaron para mí tres semanas de encanto, pues más que un trabajo fueron unas vacaciones. Era un gozo vivir en aquel *chitead* de miniatura, impecablemente cuidado y amueblado. También estaba muy bien cuidado el parquecillo que serpenteaba a orillas del río, pues cada árbol parecía recién almohazado, el césped esmeralda peinado cada mañana, y los pavos reales, arrastrando sus colas centelleantes entre los sólidos árboles, como si acabaran de salir de las manos atentas de Fabergé. Combínese esto con una buena bodega y una cocina regida por un *chef*, semejante a un globo rojo, cuyas

manos hacían aparecer como por ensalmo las comidas más delicadas y aromáticas, y se tendrá lo más aproximado a un paraíso terrenal.

»Pasaba las mañanas clasificando y catalogando los libros (y era una colección de lo más interesante), y por la tarde Gideon insistía en que fuésemos a nadar o quizá a dar una vuelta a caballo por el parque, pues poseía una pequeña cuadra de bellísimos animales. Por la noche, después de cenar, nos sentábamos a charlar en la terraza, todavía caldeada por el sol, y el vino que habíamos bebido y la excelente comida que habíamos tomado hacían cálida y amistosa nuestra conversación.

»Gideon era un anfitrión excelente y un brillante narrador, lo cual, unido a su extraordinario don para la mímica, hacía de él un compañero de lo más entretenido. Nunca sabré, por supuesto, si prodigaba deliberadamente todo este encanto para hacerme caer en la trampa. Pienso que no, que verdaderamente le gustaba mi compañía. No es que crea que eso tenga ahora ninguna importancia. Pero ciertamente, a medida que pasaban los días, me sentía cada vez más apegado a Gideon.

»Soy por naturaleza un ser solitario, y tengo sólo un pequeñísimo círculo de amigos -amigos íntimos- a los que veo quizá una o dos veces al año, aunque durante la mayor parte del mismo prefiero mi propia compañía. Sin embargo, la temporada que pasé en el *chateau* con Gideon tuvo un efecto extraordinario sobre mí. Empecé a darme cuenta de que me había convertido en algo demasiado parecido a un recluso. También advertí con punzante lucidez que todos mis amigos pertenecían a un grupo de edad diferente, mucho más viejo que el mío. Si podía contarlo como amigo (y desde luego en aquella época lo hacía), Gideon era el único de los que tenía que en líneas generales me igualaba en edad. Bajo su influencia empecé a abrirme. Como me dijo una noche, aplastando un delgado cigarro entre sus fuertes dientes blancos y mirándome de soslayo entre el humo azul, "el problema que tienes, querido Peter, es que estás en peligro de convertirte en un joven chapado a la antigua". Por supuesto me reí, pero al pensar en ello me percaté de que tenía razón. También me di cuenta de que cuando llegara la hora de abandonar el *chateau* echaría mucho de menos su volátil compañía, probablemente más de lo que me interesaba confesar, incluso a mí mismo.

»En todas nuestras conversaciones Gideon hablaba de su vasta familia con una especie de irónico afecto, contándome anécdotas que ilustraban su estupidez o su excentricidad, nunca maliciosamente sino más bien con una suerte de buen humor imparcial. Sin embargo, lo curioso es que jamás mencionó a su tío, el marqués, hasta cierta noche. Estábamos sentados en la terraza, contemplando cómo las blancas lechuzas que vivían en los troncos huecos de los robles del paseo hacían sus primeras voladas sobre el verde césped que se extendía ante nosotros. Le había estado hablando de un libro que sabía iba a ser subastado en el otoño, y que pensaba podría conseguirse por unas dos mil libras. Era una obra importante y creía que debía tenerla en su biblioteca como complemento de otros libros sobre la materia con los que contaba. ¿Quería que pujase por él? Sacudió la ceniza de su cigarro sobre un macizo de flores, donde quedó brillando como una monstruosa luciérnaga roja, y rió entre dientes con dulzura.

»-¿Dos mil libras? -dijo- Mi querido Peter, desgraciadamente no soy tan rico como para permitirme tales excesos en mis aficiones. Si se muriese mi tío sería una historia diferente.

»-¿Tu tío? -pregunté con cautela- No sabía que tuvieses ningún tío.

»-Sólo uno, gracias a Dios -dijo Gideon-, pero por desgracia tiene la llave de la fortuna de la familia, y el viejo cerdo parece ser indestructible. Tiene noventa y un años, y la última vez que le vi, hace uno o dos, no parecía un día mayor de cincuenta. Sin embargo, no creo que a pesar de todos sus esfuerzos sea inmortal, de modo que algún día el diablo le acogerá, por fin, en su seno. Ese día feliz heredaré una enorme suma de dinero y una biblioteca que te hará sentirte envidioso hasta a ti, mi querido Peter. Hasta que llegue ese día no puedo ir por ahí gastándome dos mil libras en un libro. Pero esperar a que un hombre muera es una ocupación tediosa, y mi tío es un tema de conversación enojoso, de modo que bebamos más vino y hablemos de algo agradable.

»-Si es enojoso, supone un contraste con el resto de los parientes de los que me has hablado - dije a la ligera, confiando en que me diera más información sobre su infame tío.

»Gideon quedó callado durante un momento. »-Sí, un gran contraste -dijo luego-, pero del mismo modo que todo pueblo ha de tener su tonto, toda familia debe tener su oveja negra o su loco.

»-Oh, vamos, Gideon -protesté-o Sin duda es una crítica demasiado dura, ¿no?

»-¿Lo crees así? -preguntó, y vi en la penumbra que su cara brillaba de sudor-o ¿Crees que soy duro con mi querido pariente? Pero tú no has tenido el placer de conocerlo, ¿verdad?

»-No -dije, inquieto por la violenta amargura de su voz y deseando haber dejado de lado el asunto, ya que parecía perturbarle tanto.

»-Cuando murió mi madre tuve que vivir durante varios años con mi querido tío, hasta que heredé la modesta suma que mi padre me dejó en fideicomiso y pude librarme de él. Durante diez años viví en el purgatorio con ese viejo cerdo corrupto. Durante diez años no pasó un solo día ni una sola noche sin que estuviera aterrorizado hasta la médula. No hay palabras para describir su maldad, y no hay trabas en el mundo que puedan impedirle conseguir lo que se propone. Si Satanás se pasea por la tierra disfrazado de hombre, no cabe duda de que ha elegido como disfraz la inmunda piel de mi tío.

»Se levantó bruscamente y entró en la casa.

Quedé confuso y alarmado por la vehemencia con la que había hablado. No sabía si seguirle o no, pero al cabo de un rato volvió trayendo la frasca de coñac y dos vasos. Se sentó y sirvió para ambos una generosa cantidad de licor.

»-Debo disculparme, mi querido Peter, por todo mi histrionismo, por molestarte con un melodrama que sería más adecuado para el *Grande Guignol* que para esta terraza -dijo tendiéndome mi vaso-o Me temo que hablar del viejo cerdo de mi tío tiene ese efecto sobre mí. Hubo una época en que viví angustiado porque temía que hubiese poseído mi alma ... ya sabes las estúpidas ideas que tienen los niños. Hace muchos años que superé eso. Pero como puedes ver, todavía me incomoda hablar de ello, así que bebamos y hablemos de otras cosas, ¿eh?

»Convine en ello de todo corazón, y durante cosa de un par de horas conversamos agradablemente. Pero aquella noche fue la única vez que vi a Gideon irse a la cama indispuerto por el licor. Me sentí sumamente culpable, pues creí que mi insis-tencia en hablar de su tío era lo que había causado en su mente una impresión tan profunda, duradera y desagradable.

»En el curso de los cuatro años siguientes llegué a conocer bien a Gideon. Cada vez que venía a Inglaterra se alojaba en mi casa, y yo hice varias visitas deliciosas al Chateau St Claire. Luego, durante un período de seis meses, no supe nada de él. Sólo pude suponer que se había visto aquejado por lo que llamaba su «enfermedad viajera» y había partido, como solía hacer periódicamente, para Egipto o el Lejano Oriente o incluso América. No obstante, esto coincidió con una época en que yo mismo estaba sumamente ocupado, por lo que tenía poco tiempo para reflexionar sobre el paradero de Gideon. Luego, una noche, llegué a mi casa de Smith Street después de una larga jornada de trabajo en Aberdeen y encontré esperándome un telegrama de Gideon:

Llego Londres lunes treinta puedo quedarme stop tío matado heredo biblioteca podrás catalogada tasada traslado stop explicaré todo cuando nos reunamos saludos Gideon.

»Me divirtió que Gideon, que se enorgullecía de su impecable inglés, hubiera escrito «matado» en vez de «muerto», hasta que llegó y descubrí que eso era exactamente lo que le había sucedido a su tío, o al menos lo que parecía haberle sucedido. Gideon llegó la noche del lunes a una hora bastante tardía, y nada más verle me di cuenta de que acababa de pasar por alguna experiencia angustiosa. Sin duda, me dije, no podía ser la muerte de su tío lo que le había afectado tanto. Hubiera esperado más bien que estuviera contento. Pero mi amigo había perdido peso, su apuesta cara estaba chupada y pálida y tenía oscuras ojeras bajo los ojos, que parecían

haber perdido de repente todo su brillo y viveza. Cuando le serví un vaso de su vino favorito lo cogió con una mano levemente temblorosa y se lo echó al colete de un trago como si se tratase de agua.

»-Pareces cansado, Gideon -dije- Debes beberte unos cuantos vasos de vino y luego sugiero una cena temprana y la cama. Mañana podemos discutir todo lo que haya que discutir.

»-Querido viejo Peter -dijo, dirigiéndome una sombra de su habitual sonrisa efervescente- Por favor, no te comportes como una niñera inglesa y aparta esa expresión preocupada de tu cara. No tengo ninguna enfermedad. Simplemente lo he pasado muy mal durante estas últimas semanas y ahora estoy padeciendo la reacción. Pero ya ha aca-bado todo, gracias a Dios. Te contaré todo durante la cena, pero antes te agradecería que me dejases tomar un baño, mi querido amigo.

»-Naturalmente -dije al momento, y fui a pedir a Mrs. Manning que preparase un baño para mi amigo y a subir su equipaje a la habitación de los huéspedes.

»Subió a bañarse y a cambiarse, y poco después le seguí. Tanto mi dormitorio como la habitación de los huéspedes tenían su propio cuarto de baño, pues había suficiente espacio en ese piso como para permitir este pequeño lujo. Acababa de empezar a desnudarme para iniciar mis propias abluciones cuando me sobresaltó un fuerte gemido, casi un grito ahogado, seguido del ruido de un cristal al romperse, que parecían provenir del cuarto de baño de Gideon. Crucé apresuradamente el angosto rellano y llamé a su puerta.

»-¿Gideon? -grité- Gideon, ¿estás bien?

¿Puedo entrar?

»->No hubo respuesta, por lo que, muy nervioso, entré en la habitación. Encontré a mi amigo inclinado sobre el lavabo del cuarto de baño, al que se agarraba para sujetarse, con la cara teñida de la cadavérica palidez de ciertos quesos y chorreando sudor. El gran espejo que había sobre el lavabo estaba roto, y sus fragmentos, con los de un frasco quebrado que al parecer había contenido champú, aparecían esparcidos por el lavabo y el suelo.

»-Lo hizo ... lo hizo ... lo hizo ... -musitaba Gideon entre dientes mientras se tambaleaba, agarrándose con fuerza al lavabo. Parecía no haberse dado cuenta de mi presencia. Le cogí del brazo y le llevé a la habitación, donde le hice tumbarse sobre la cama, y luego corrí escaleras abajo para encargarme a Mrs. Manning que trajera a toda prisa un poco de coñac.

»Cuando volví a la habitación Gideon tenía mejor aspecto, pero yacía con los ojos cerrados y respiraba profundamente, entre estremecimientos, como alguien que acaba de correr una carrera muy reñida. Cuando me oyó acercarme a la cama abrió los ojos y me dirigió una sonrisa fantasmal.

»-Mi querido Peter -dijo-, me disculpo ... tan estúpido por mi parte ... Me desmayé de repente ... creo que ha debido ser el viaje y la falta de comida, además de tu excelente vino ... Me temo que caí hacia adelante con ese frasco en la mano y rompí tu precioso espejo ... Lo lamento tanto ... por supuesto te compraré otro.

»Le dije de modo bastante brusco que no fuese tonto, y luego, cuando Mrs. Manning llegó jadeando con el coñac, le obligué a tomar un poco a pesar de sus protestas. Mientras lo bebía, Mrs. Manning arregló el desaguisado del cuarto de baño.

»-Ah. Eso está mejor -dijo Gideon al fin- Ya me siento completamente reanimado. Lo único que necesito para ser un hombre nuevo es un agradable baño relajante.

»Pensé que debía tomar la cena en la cama, pero no quiso ni oír hablar de ello, y he de decir que cuando media hora después bajó al comedor tenía mejor aspecto y parecía mucho más relajado. Rió y bromeó con Mrs. Manning mientras nos servía y la felicitó profusamente por sus dotes culinarias, jurando que se desembarazaría de su *chef*, la secuestraría y se la llevaría a su *Chateau* francés a fin de que cocinase para él. Mrs. quedó encantada con él, como siempre sucedía, pero me di cuenta de que le costaba cierto esfuerzo mostrarse tan jovial y encantador. Cuando terminamos, por fin, el budín y el queso, y una vez hubo puesto Mrs. Manning sobre la

mesa la frasca de oporto y se hubo despedido, Gideon aceptó un puro. Después de encenderlo se reclinó en su silla y me sonrió a través del humo.

»-Ahora, Peter -empezó-, puedo contarte algo de lo que ha pasado.

»-Estoy sumamente ansioso por saber qué es lo que te ha llevado a tan triste estado, amigo mío -dije con toda sinceridad.

»Se metió la mano en el bolsillo y sacó una pesada llave de hierro con pesados dientes y extremo adornado. La arrojó sobre la mesa, donde cayó pesadamente.

»-Esta fue una de las causas del problema -dijo mirándola lúgubrement-. La llave de la vida y de la muerte, podría decirse.

»-No te entiendo -dije, perplejo.

»-Esta llave fue la razón de que estuvieran a punto de detenerme por asesinato -dijo Gideon con una sonrisa.

»-¿Asesinato? ¿A ti? -exclamé, atónito-o ¿Cómo es posible?

»Gideon tomó un sorbo de oporto y se acomodó en su silla.

»-Hace cosa de dos meses recibí una carta de mi tío en la que me pedía que fuera a verle. Lo hice, como puedes imaginarte con considerable recelo" pues ya sabes la opinión que tenía de él. Bueno, para abreviar la historia, había ciertas cosas que quería que hiciese ... er. .. asuntos familiares ... que me negué a hacer. Se puso rabioso y discutimos con encono. Me temo que no le dejé abrigar ninguna duda sobre lo que pensaba de él, y los criados nos oyeron discutir. Salí de su casa y seguí viaje hasta Marsella para coger un barco en dirección a Marruecos, donde iba a hacer una gira. Dos días después mi tío fue asesinado.

»-Así que es por eso por lo que pusiste "tío matado" en tu telegrama -dije-o Me extrañó.

»-Lo *habían* matado, y en las circunstancias más misteriosas que puedan imaginarse -dijo Gideon-. Lo encontraron en un desván vacío, en lo alto de la casa, que no contenía más que un gran espejo roto. Presentaba un estado horrendo, con la ropa desgarrada y la garganta y el cuerpo destrozados como por un perro rabioso. Había sangre por todas partes. Tuve que identificar el cuerpo. No fue una tarea agradable, pues tenía la cara tan horriblemente machacada que era casi irreconocible. -Se detuvo y tomó otro sorbo de oporto. Al cabo de un rato siguió-o Pero lo más curioso del asunto es que el desván estaba cerrado, *cerrado por dentro* con esa llave.

»-Pero, ¿cómo pudo ser eso? -pregunté, desconcertado-o ¿Cómo pudo salir de la habitación el asaltante?

»-Eso es exactamente lo que quería saber la Policía -contestó Gideon secamente- Como sabes, la Policía francesa es muy eficiente pero carece de imaginación. Su lógica funciona más o menos del modo siguiente: yo era el único que salía ganando con la muerte de mi tío, porque heredaba la fortuna familiar, su biblioteca y varias granjas diseminadas por toda Francia. Por tanto, como era el único que salía ganando, *en fin*, debía ser quien había cometido el asesinato.

»-Pero eso es ridículo -exclamé con indignación.

»-No para un policía -dijo Gideon-, sobre todo cuando se enteraron de que en mi último encuentro con mi tío habíamos discutido amargamente, y una de las cosas que los criados me oyeron decirle fue que deseaba que se muriese ya para dejar el mundo más limpio.

»-Pero uno es capaz de decir cualquier cosa en el calor de una discusión -protesté-o Todo el mundo sabe que ... ¿Y cómo, según ellos, mataste a tu tío y saliste luego de la habitación dejando la puerta cerrada por dentro?

»-Oh, era posible, perfectamente posible -respondió Gideon-. Se podía haber hecho con unos alicates muy finos, de punta larga, pero sin duda hubieran dejado señales en el extremo de la llave, y como puedes ver no tiene ninguna. El verdadero problema es que al principio no tenía ninguna coartada. Había ido a Marsella, y como había acortado la visita a mi tío, llegué bastante antes de que zarpara el barco. Me alojé en un pequeño hotel, y me entretuve esos pocos días explorando el puerto. No conocía a nadie allí, de modo que naturalmente no había nadie que

podiera confirmar mis movimientos. Como puedes imaginar, llevó bastante tiempo reunir a todos los porteros, camareras, *maître d'hôtel*, propietarios de restaurantes, directores de hotel y demás, para demostrar a la Policía, mediante su testimonio, que en realidad estaba en Marsella ocupándome de mis propios asuntos cuando mi tío fue asesinado. Pasé haciéndolo las últimas seis semanas, y ha sido sumamente agotador.

»-¿Por qué no me telegrafaste? -pregunté-o Podría haber ido al menos para hacerte compañía.

»-Eres muy amable, Peter, pero no quería meter a mis amigos en un asunto tan sórdido. Además, sabía que si todo iba bien y la Policía me dejaba ir (cosa que finalmente hicieron después de quejarse mucho), tendría que pedirte ayuda para algo relacionado con esto.

»- Te ayudaré en cualquier cosa que pueda -dije-o Sabes que sólo tienes que pedírmelo, mi querido amigo.

»-Bueno, como te conté pasé mi juventud bajo el cuidado de mi tío, y tras esa experiencia llegué a aborrecer su casa y todo lo relacionado con ella. Ahora, después de este último suceso, creo que no podré volver a poner los pies jamás en ese lugar. No exagero, pero pienso que si volviera allí y me quedara algún tiempo me pondría gravemente enfermo.

»-Convengo en ello -dije con firmeza-o Bajo ningún concepto debes dar nunca ese paso.

»-Bueno, por supuesto puedo hacer que una agencia de París tase y venda los muebles y la casa: eso es fácil. Pero lo más valioso que hay en la casa es la biblioteca. Aquí es donde intervienes tú, Peter. No sé si estarías dispuesto a ir allí y catalogar y tasar los libros. Luego podré encargarme de que los almacenen hasta que construya para ellos una prolongación de mi biblioteca. ¿Qué me dices?

»-Por supuesto que iré -contesté-. Con sumo placer. Sólo tienes que decirme cuándo quieres que vaya.

»-No iré contigo, estarás completamente solo -me advirtió Gideon.

»-Soy un ser solitario, como ya te he dicho -reí-, y mientras tenga cierta cantidad de libros para entretenerme me lo pasaré estupendamente, no te preocupes.

»-Quiero que se haga lo antes posible -dijo Gideon-, para poder desembarazarme de la casa. ¿Cuándo puedes ir?

»Consulté mi agenda y descubrí que afortunadamente tenía ante mí un período bastante flojo. »-¿Qué te parece hacia el final de la próxima semana? -pregunté, y la cara de Gideon se iluminó.

»-¿Tan pronto? -dijo, encantado-o ¡Sería espléndido! Puedo reunirme contigo en la estación de Fontaine el viernes próximo. ¿Te viene eso bien?

»-Perfectamente -dije-, y no tardaré en clasificarte los libros. Ahora, otro vaso de oporto y luego deberías irte a acostar.

»-Mi querido Peter, qué pérdida eres para Harley Street -bromeó Gideon, pero siguió mi consejo.

»Durante la noche desperté dos veces, creyendo que le oía gritar, pero después de escuchar durante un rato todo estaba en calma, y concluí que había sido sólo mi imaginación. Al día siguiente partió para Francia, y empecé a hacer mis preparativos para seguirle, guardando en mi equipaje suficientes cosas para una prolongada estancia en casa del difunto tío.

»Toda Europa estaba entumecida por un invierno glacial, y ciertamente no era el tiempo más adecuado para viajar. En realidad, aparte de Gideon nadie hubiera conseguido que abandonara mi casa con aquel tiempo. Cruzar el Canal supuso una pesadilla, y cuando llegué a París me sentía tan enfermo que no pude hacer más que tomar un poco de caldo y meter me en seguida en la cama. El día siguiente amaneció gélido, con un viento cortante, un cielo gris y cortinas de lluvia torrencial que te agujoneaban la cara. Finalmente logré llegar a la estación y tomé el tren para lo que me pareció un viaje interminable, en el curso del cual tuve que hacer diversos trasbordos y esperas en estaciones cada vez más inhóspitas, hasta que quedé tan aterido de frío

que apenas podía pensar cabalmente. Todos los ríos tenían un borde de hielo diáfano a lo largo de sus orillas, y los lagos y estanques volvían helados ojos vacíos hacia el gris acerado del cielo.

»Por fin, el último tren local que había tomado se arrastró mugriento y jadeante por las vías de la estación de Fontaine. Me apeé y me abrí paso con mi equipaje hasta el diminuto despacho de billetes y la minúscula sala de espera. Allí descubrí con alivio una anticuada y ventruda estufa, alimentada con raíces de castaño y casi al rojo vivo. Amontoné mi equipaje en un rincón y pasé algún tiempo desheliéndome, pues la calefacción del tren era mínima. No había señal alguna de Gideon. Al cabo de un rato, calentado por el fuego y por un sorbo de coñac que había tomado de mi petaca de viaje, empecé a sentirme mejor. Pasó media hora y empecé a preocuparme por la ausencia de Gideon. Salí al andén y descubrí que el cielo gris parecía haberse acercado a la tierra y empezaban a caer algunos copos de nieve, enormes copos diáfanos, del tamaño de media corona, que auguraban una tormenta de nieve de considerables proporciones en un futuro no demasiado lejano. Me preguntaba si debería intentar acercarme caminando al pueblo cuando oí ruido de cascos y apareció en la carretera un coche conducido por Gideon, que venía envuelto en un lustroso abrigo de pieles y tocado con un gorro de astracán.

»-Siento muchísimo haberte tenido esperando tanto tiempo, Peter -dijo mientras me estrechaba la mano-, pero parece que nos cae encima una catástrofe tras otra. Ven, déjame ayudarte con tus bultos y te pondré al corriente durante el trayecto.

»Recogimos el equipaje, lo cargamos en el coche y luego monté en el pescante junto a Gideon y me cubrí agradecidamente con la gruesa manta de pieles que había traído. Hizo girar al caballo, chasqué el látigo y partimos a buen paso bajo los copos de nieve, que ahora caían con bastante rapidez. El viento nos azotaba la cara y nos hacía la-grimear, pero Gideon mantuvo al caballo a trote ligero.

»-Estoy ansioso por llegar antes de que empiece de verdad la tormenta de nieve -dijo-, y por eso voy a este paso tan poco civilizado. Estas tormentas de aquí pueden llegar a ser muy crudas. A veces se pasa nevando sin parar varios días.

»-Ciertamente está siendo un duro invierno -dijo ..

»-El peor que hemos tenido desde hace cincuenta años -dijo Gideon.

»Llegamos al pueblo y Gideon guardó silencio mientras guiaba el caballo por las estrechas y desiertas calles, blancas ya por la nieve cuajada. De vez en cuando salía un perro de una callejuela y corría ladrando junto a nosotros durante un trecho, pero aparte de ésta no había ninguna otra señal de vida. Antes bien, todo parecía indicar que el pueblo estaba deshabitado.

»-Me temo, mi querido Peter, que una vez más tendré que abusar de tu afabilidad -dijo Gideon sonriéndome, con el gorro y las cejas blancas de nieve-o Tarde o temprano mis exigencias a nuestra amistad acabarán por agotar tu paciencia.

»- Tonterías -dije-, dime tan sólo cuál es el problema.

»-Bueno -dijo Gideon-, iba a dejarte al cuidado de Francois y su esposa, que eran los criados de mi tío. Por desgracia, cuando esta mañana llegué a la casa descubrí que Marie, la esposa de Francois, había resbalado en los escalones helados de la entrada principal y había caído desde una altura de unos diez metros sobre las rocas, rompiéndose ambas piernas. Me temo que las tiene terriblemente astilladas, y no tengo muchas esperanzas de que las salve.

»-Pobre mujer, qué horrible -exclamé. »-Sí -siguió Gideon-. Naturalmente, Francois estaba casi frenético cuando llegué, y lo único que pude hacer fue llevarles a ambos al hospital de Milau, cosa que me llevó más de dos horas. Por eso he tardado tanto en venir a recogerte.

»-Eso no tiene ninguna importancia -dije-. Tenías que llevarles al hospital, por supuesto.

»-Sí, pero ello ha originado un nuevo problema -dijo Gideon-. Mira, mi tío no le gustaba a ninguno de los del pueblo, y Francois y Marie eran la única pareja que estaba dispuesta a trabajar para él. Como ambos están en Milau, no hay nadie que pueda cuidar de ti, al menos hasta que dentro de dos o tres días vuelva Francois.



»-Mi querido amigo, no te preocupes por eso -reí-o Te aseguro que estoy bastante acostumbrado a apañármelas por mi cuenta. Si dispongo de comida, vino y fuego estaré muy bien, te lo prometo.

»-Oh, tendrás todo eso -dijo Gideon-.

La despensa está bien provista, y abajo, en la fresquera de la caza, hay una pierna de venado, medio jabalí, algunos faisanes y perdices y unos cuantos patos silvestres. Hay vino en abundancia, pues mi tío tenía una buena bodega, y el sótano está lleno de raíces de castaño y leños de pino, de modo que estarás caliente. Además, los animales te harán compañía.

»-¿Animales? ¿Qué animales? -pregunté con curiosidad.

»-Un perrito llamado Agrippa -dijo riendo Gideon-, un gatazo muy tonto llamado Clair de Lune, o Clair para abreviar, una jaula llena de canarios y pinzones variados, y un loro viejísimo que se llama Octavius.

»-Una auténtica casa de fieras -exclamé-. Gracias a que me gustan los animales.

»-En serio, Peter -dijo Gideon, dirigiéndome una de sus miradas tan penetrantes-, ¿estás seguro de que te las apañarás bien? Me parece una imposición terrible.

»- Tonterías -dije de corazón-, ¿para qué están los amigos?

»La nieve caía con saña, y sólo veíamos una o dos yardas más allá de las orejas del caballo, tan densas eran las nubes arremolinadas de enormes copos. Acabábamos de entrar en una de las gargantas tributarias que conducían a la propia Gorge du Tarn. A mano izquierda surgían amenazadoramente los riscos pardos y negros, salpicados de manchas de nieve en cornisas y salientes, que en algunos trechos pendían de modo literal sobre la angosta carretera. A mano derecha el terreno se cortaba casi a pico, con una caída de unos doscientos metros sobre la garganta, en cuyo fondo, a través de las cortinas de nieve arrastradas por el viento, se vislumbraba de vez en cuando el verde río, con las rocas desplomadas coronadas de nieve y una capa de hielo en las orillas. La carretera estaba llena de baches, deteriorada por la nieve y el agua, y cubierta a trechos de placas de hielo que hacían resbalar y tropezar al caballo, retrasando nuestra marcha. En cierto momento, un pequeño alud de nieve se desprendió de la cara de un risco con un ruido siseante y se desplomó pesadamente ante nosotros sobre la carretera, asustando de tal modo al caballo que Gideon tuvo que luchar con denuedo para dominarlo.

Durante varios minutos espeluznantes temí que nos precipitásemos con el coche y el aterrorizado caballo por el precipicio de la garganta y nos hundiéramos en el río que corría por su fondo. Pero finalmente Gideon logró dominarle y seguimos a paso lento nuestro camino.

»Al cabo de un rato la garganta se ensanchó levemente y poco después, al doblar un recodo, nos vimos ante la extraña mole de la casa del tío de Gideon. Era un edificio extraordinario, y creo que debo describirlo con cierto detenimiento. Diré para empezar que todo él se elevaba sobre un imponente peñasco que sobresalía considerablemente del río, formando lo que sólo puede describirse como una isla, de aspecto bastante similar al de un triángulo isósceles, con la casa en lo alto. Un puente de piedra, sólido y viejísimo, la unía con la carretera. Los elevados muros exteriores de la casa caían a pico sobre las rocas y el río, pero tras cruzar el puente y pasar bajo un enorme arco, guardado por gruesas puertas de roble, descubrí que el edificio estaba construido alrededor de un gran patio central, enguijarrado y con un estanque con fuente en el medio. La fuente representaba un delfín sostenido en alto por querubines, todo ello brillante de hielo y cargado de carámbanos.

»Las numerosas ventanas que miraban al patio estaban en su totalidad cegadas por una orla de enormes carámbanos que colgaban de cada cornisa. Entre las ventanas había gárgolas monstruosas que representaban diversas formas de vida animal, conocidas y desconocidas por la ciencia, cada una de las cuales parecía más maligna que la anterior; el hielo y la nieve que

desdibujaban sus rasgos no mejoraban su aspecto, sino que parecía que te miraban emboscadas tras ellos. Cuando Gideon detuvo al caballo junto a las escaleras que conducían a la puerta principal, oímos los ladridos del perro en el interior. Mi amigo abrió la puerta con una gran llave herrumbrosa, e inmediatamente se abalanzó fuera el perro ladrando de forma estrepitosa y meneando el rabo con placer. El gatito blanquinegro se mostró más circunspecto y no se dignó a salir a la nieve, sino que se quedó en la entrada arqueando el lomo y maullando. Gideon me ayudó a llevar mis bultos hasta el gran vestíbulo de mármol, de donde partía una bonita escalera que conducía a los pisos superiores de la casa. Todos los cuadros, espejos y muebles estaban cubiertos con sábanas polvorientas.

»-Lamento lo de las fundas -dijo Gideon.

Me pareció que nada más entrar en la casa se había puesto nervioso e inquieto-o Pensaba haberlas quitado esta mañana para que encontraras la casa más habitable, pero entre unas cosas y otras no he tenido tiempo.

»-No te preocupes -dije mientras hacía fiestas al perro y al gato, que reclamaban al mismo tiempo mi atención-o No voy a ocupar toda la casa, de modo que sólo quitaré las sábanas de las habitaciones que utilice.

»-Sí, sí -dijo Gideon, mesándose los cabellos con manos nerviosas-o Tienes la cama hecha ... tu dormitorio es la segunda puerta a la izquierda desde lo alto de las escaleras. Ahora ven conmigo y te enseñaré la cocina y la bodega.

»Me condujo por el vestíbulo hasta una puerta oculta bajo la escalera principal. Tras abrirla bajó por unos anchos escalones que describían una espiral, internándose en la oscuridad. Al cabo de un rato llegamos a un pasadizo que conducía a una gigantesca cocina enlosada, junto a la cual se abrían cavernosos sótanos y una espaciosa despensa, fría como un glaciar, en la que se veían piezas de caza, pollos, patos, piernas de cordero y cuartos traseros de vaca colgados de ganchos o sobre los estantes de mármol que corrían alrededor de las paredes. En la cocina había un gran fogón, con cada fuego cuidadosamente dispuesto, y una enorme mesa en el centro sobre la que había diversos comestibles que a juicio de Gideon podría necesitar: arroz, lentejas negras como el hollín, patatas, zanahorias y otras verduras en grandes cestas, potes de barro con mantequilla y conservas, y una pila de hogazas de pan recién hecho. En el lado opuesto, frente a los sótanos y la despensa, estaba la pesada puerta de la bodega, cerrada y candada. Obviamente, el tío de Gideon no confiaba en el servicio en lo que atañía a bebidas alcohólicas. La bodega era pequeña, pero una rápida ojeada me permitió advertir que contenía algunos vinos de excelentes cosechas.

»-Sírvelo de ella sin reparos -dijo Gideon-. Hay aquí vinos realmente muy buenos, y supondrán una pequeña compensación por tu estancia solitaria en este lúgubre lugar.

»-¿Quieres que pase todo el tiempo embriagado? -reí-o No acabaría nunca de tasar los libros. Pero no te preocupes, Gideon, estaré perfectamente. Tengo comida y vino en cantidad suficiente para un ejército, combustible de sobra para el fuego, un perro, un gato y muchos pájaros para hacerme compañía, y una amplia e interesante biblioteca. ¿Qué más puede desear un hombre?

»-Por cierto, la mayor parte de los libros está en la Galería Larga, en el ala sur de la casa. No hace falta que te la enseñe ... es bastante fácil de encontrar, y realmente es hora ya de que me ponga en camino -dijo Gideon mientras me conducía de vuelta al vestíbulo. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un enorme manojito de llaves antiguas-o Las llaves del reino -dijo con una débil sonrisa-o No creo que haya nada cerrado, pero si es así ábrelo, por favor. Diré a François que vuelva para cuidar de ti tan pronto como su esposa esté fuera de peligro, y en cuanto a mí, regresaré dentro de unas cuatro semanas. Supongo que para entonces habrás terminado tu trabajo. »-Es fácil que sea así -dije-o En realidad, si termino antes te mandaré un telegrama.

»-En serio, Peter -dijo cogiéndome la mano-o Te aseguro que me siento profundamente en deuda contigo por lo que estás haciendo. No lo olvidaré.

»- Tonterías, amigo mío -contesté-o Me produce un gran placer servirte de ayuda.

»Me quedé en la entrada de la casa, con el perro jadeando a mi lado y el gato arqueándose en torno a mis piernas mientras ronroneaba con fuerza, y contemplé cómo Gideon montaba en el coche, se envolvía en la manta y arreaba al caballo con las riendas. Partió éste al trote, y mientras lo guiaba hacia la entrada del patio Gideon levantó el látigo en señal de saludo. Desapareció bajo el arco, y el ruido de los cascos quedó pronto amortiguado por la nieve y se extinguió totalmente. Tras coger el cálido y sedoso cuerpo del gato y silbar al perro, que había perseguido al coche hasta el arco entre eufóricos ladridos, entré de nuevo en la casa y eché el cerrojo de la puerta principal.

»Lo primero que tenía que hacer era explorar la casa y averiguar dónde estaban los diversos libros con los que había venido a trabajar, para poder así decidir qué habitaciones necesitaba abrir. Había visto sobre una mesa del vestíbulo un gran candelabro de plata, de seis brazos, con una caja de cerillas al lado. Resolví utilizarlo en mis exploraciones, pues así me ahorraría la tediosa necesidad de abrir y cerrar innumerables contraventanas. Encendí las velas y acompañado por el ansioso y bullicioso perro, cuyas uñas repicaban como castañuelas sobre los suelos desnudos, me puse en marcha.

»Todo el piso bajo estaba distribuido en tres habitaciones grandísimas y una más pequeña, lo cual comprendía el salón, el comedor, un estudio y un saloncito. Resultaba bastante extraño que esta habitación -que llamé el salón azul, pues estaba decorada en diversas tonalidades de azul y oro fuera la única que estaba cerrada, y tardé algún tiempo en encontrar la llave que la abría. Este salón formaba un extremo del edificio, y por eso era alargado y estrecho, con forma de caja de zapatos y grandes ventanas a cada lado.

»La puerta por la que se entraba estaba en medio de una de las paredes más largas, y colgando de la opuesta había uno de los espejos más grandes que he visto en mi vida. Extendido desde el suelo hasta tocar casi el techo, debía tener al menos tres metros de altura y unos doce de anchura. Estaba levemente deslustrado, lo que le daba un agradable tinte azulado parecido al de las aguas de un lago poco profundo, pero todavía reflejaba con claridad y precisión. Lo rodeaba un ancho marco dorado, de talla muy trabajada, que representaba diversas ninfas y sátiros, unicornios, grifos y otros animales fabulosos. El marco era de suyo una obra de arte. Sentándose en uno de los cómodos sillones que había a cada lado de la chimenea uno podía ver la habitación entera reflejada en este notable espejo, y aunque era un poco estrecha te daba una gran sensación de espacio.

»El tamaño, la comodidad y -debo admitido- la novedad de este salón me decidieron a hacer de él mi cuarto de estar, y tardé muy poco tiempo en quitar las fundas polvorientas de los muebles y encender un crepitante fuego de raíces de castaño en la chimenea. Luego fui por la jaula de pinzones y canarios y la puse en un extremo de la habitación junto con el loro Octavius, al que pareció agrandar el cambio, pues se revolvió las plumas, ladeó la cabeza y silbó unos cuantos compases de la Marsellesa. El perro y el gato se tendieron inmediatamente frente al fuego y se quedaron dormidos con aire satisfecho. Abandonado así por mis compañeros, cogí el candelabro y proseguí en solitario la exploración de la casa.

El primer piso consistía sobre todo en dormitorios y cuartos de baño, pero toda un ala de la casa (el que cerraba el cuadrado alrededor del patio) estaba formada por una habitación enorme, la Galería Larga a la que se había referido Gideon. A lo largo de una de las paredes de esta prolongada y amplia habitación había ventanas altísimas, y frente a cada una de ellas un espejo, similar al del piso de abajo pero más alto y estrecho. Entre estos espejos se veían estanterías de lustroso roble, y apilados al azar sobre los anaqueles había infinidad de libros, algunos puestos de lado y otros boca abajo en total confusión. Una rápida mirada me bastó para darme cuenta de que la biblioteca estaba tan desordenada que tardaría un tiempo considerable en clasificar los libros por materias antes incluso de empezar a catalogarlos y valorarlos.

»Dejando a la Galería Larga amortajada por sábanas polvorientas y con las contraventanas aún cerradas, me dirigí al segundo piso. Aquí sólo había desvanes. En uno de ellos encontré el

marco dorado de un espejo y me estremecí, pues supuse que era el desván en el que había encontrado la muerte el tío de Gideon. El marco del espejo era idéntico al del salón azul, pero de dimensiones mucho menores. También mostraba sátiras, unicornios, grifos e hipogrifos, pero además había una pequeña zona en lo alto, tallada en forma de medallón, en la que se veían grabadas las siguientes palabras: *Soy tu siervo. Aliméntate y libérame. Yo soy tú.* No parecían tener ningún sentido. Cerré la puerta de este desván y, reprendiéndome por mi cobardía, la aseguré con llave y me sentí en consecuencia mucho mejor.

»Cuando terminé de bajar las escaleras y llegué al salón azul me vi saludado con entusiasmo por el perro y el gato, como si hubiera pasado varios días de viaje. Advertí que estaban hambrientos. Al mismo tiempo me di cuenta de que yo también tenía hambre, pues con la excitación de la llegada a la casa y su exploración me había olvidado de prepararme algo de comer, y pasaban ya de las seis de la tarde. Acompañado por los ansiosos animales bajé a la cocina a fin de hacer algo para todos nosotros. Cocí para el perro unos trozos de cordero, y un pollito para el gato, todo ello acompañado con arroz y patatas hervidas, con lo que quedaron encantados con su menú. Yo me hice un gran filete a la parrilla con una variada guarnición de verduras, y escogí en la bodega una excelente botella de vino tinto.

»Cuando todo ello estuvo listo lo llevé al salón, y tras acercar mi sillón al fuego me senté cómodamente y empecé a comer con ganas. Al cabo de un rato, repletos de comida, el perro y el gato se reunieron conmigo y se tumbaron frente al fuego. Una vez se hubieron acomodado me levanté y cerré la puerta, pues venía una fría corriente de aire del gran vestíbulo, que ahora, con su suelo de mármol, estaba frío como una nevera. Cuando terminé de comer me recliné con satisfacción en el sillón, dando sorbos de vino y contemplando las llamas azules que corrían de acá para allá sobre las raíces de castaño en la chimenea. Me sentía relajado y feliz, y el vino, fuerte y sabroso, estaba produciendo en mí un efecto soporífero. Dormí quizá por espacio de una hora. De pronto desperté enteramente con un estremecimiento nervioso, como si alguien hubiera gritado mi nombre. Presté atención, pero los únicos sonidos que se oían eran la suave respiración del perro y el ramoneo satisfecho del gato, hecho un ovillo en el sillón que tenía enfrente. Reinaba tal silencio que podía oír la leve crepitación y los chasquidos de las raíces de castaño en la chimenea. Sintiéndome seguro de que había imaginado algún ruido y, sin embargo, indeciblemente intranquilo por alguna razón que no podía discernir, puse otro leño en el fuego y volví a acomodarme en el sillón para echar un sueñecito.

Fue entonces cuando miré casualmente al espejo que tenía enfrente y advertí que, en el reflejo, la puerta del salón que había cerrado cuidadosamente estaba ahora entreabierta. Sorprendido, giré en redondo y miré hacia la puerta verdadera, para descubrir sólo que estaba tan perfectamente cerrada como la había dejado. Volví a mirar al espejo y me aseguré de que mis ojos -ayudados por el vino no me estaban jugando una mala pasada. Pero no cabía duda alguna: en el reflejo, la puerta aparecía ligeramente entreabierta.

»Estaba allí sentado, mirando al espejo y preguntándome qué juego de luz y reflejos podía producir el efecto de una puerta abierta si la que causaba el reflejo estaba a todas luces cerrada, cuando advertí algo que me hizo incorporarme, atónito y desasosegado. *La puerta reflejada se abría todavía más.* Miré de nuevo hacia la puerta verdadera y vi que seguía firmemente cerrada. Sin embargo, su reflejo en el espejo se abría lentamente, milímetro a milímetro. Me quedé contemplándolo, mientras los pelos de la nuca se me ponían de punta. De repente, en torno al borde de la puerta, apareció sobre la alfombra algo que a primera vista tomé por una especie de oruga. Era alargado, arrugado y de color blanco amarillento, y tenía en la punta un largo cuerno ennegrecido. Se encorvó y escarbó con su cuerno en la superficie de la alfombra de un modo que jamás había visto en ninguna oruga. Luego, lentamente, se retiró detrás de la puerta.

»Descubrí que estaba sudando. Miré una vez más a la puerta verdadera para asegurarme de que estaba cerrada, pues no me hacía ninguna gracia que aquella oruga o lo que fuera se

arrastrase a mi lado por la habitación. La puerta seguía cerrada. Tomé un trago de vino para calmar mis nervios, y me disgustó ver que me temblaba la mano. Aquí estaba yo, que nunca había creído en fantasmas o apariciones o encantamientos o cualquier otra superstición por el estilo, imaginando que veía cosas en un espejo y convenciéndome hasta tal punto de que eran reales que me sentía verdaderamente asustado.

»Era ridículo, me dije mientras bebía el vino. Había alguna explicación perfectamente racional para todo ello. Me quedé sentado en el sillón, mirando con gran atención al reflejo en el espejo. Durante largo rato no ocurrió nada, y luego la puerta del espejo se entreabrió de golpe y apareció de nuevo la oruga. Esta vez surgió otra junto a ella, y luego, tras una pausa, otra más.

»De repente se me heló la sangre en las venas, pues me di cuenta de lo que eran. No eran orugas, sino dedos de un amarillo desvaído rematados con largas uñas negras y curvadas, como gigantescas espinas deformes de rosal. En el preciso momento en que advertí esto apareció la mano entera, que palpaba flojamente la alfombra mientras avanzaba. Era la mano de un esqueleto, cubierta de amarillenta piel apegaminada de la que sobresalían como nueces nudillos y articulaciones. Buscó a tientas por la alfombra, mostrando la descarnada muñeca de la que brotaban los dedos como tentáculos de alguna extraña anémona marina, una anémona surgida de las profundidades en cuya perpetua oscuridad se había vuelto pálida. Luego se retiró lentamente tras la puerta. Me estremecí al pensar qué clase de cuerpo iría unido a aquella horrible mano. Esperé durante cosa de un cuarto de hora, espantado de que pudiera aparecer de repente tras la puerta del espejo, pero no sucedió nada.

»Al cabo de un rato empecé a impacientarme. Trataba todavía de convencerme de que todo ello no había sido más que una alucinación provocada por el vino y el calor del fuego, pero no lo lograba. Pues allí estaba la puerta del salón azul, cuidadosamente cerrada para protegerme de la corriente de aire, mientras que la puerta del espejo seguía entreabierta y algo parecía acechar tras ella. Deseaba acercarme al espejo para examinarlo, pero no me atrevía. En lugar de ello se me ocurrió un plan que pensé me mostraría si estaba imaginando cosas o no. Desperté a Agrippa, el perro, y haciendo una bola con la hoja del periódico que había estado leyendo la arrojé al otro lado de la habitación, de modo que cayó junto a la puerta cerrada. En el espejo quedó al lado de la puerta entreabierta.

»Más por agradarme que por otra cosa, pues estaba medio dormido, Agrippa corrió tras ella. Agarrándome a los brazos del sillón contemplé su reflejo en el espejo mientras se acercaba a la puerta. Llegó junto a la bola de papel y se detuvo para recogerla. Entonces ocurrió algo tan espeluznante que apenas pude dar crédito a mis ojos. La puerta del espejo se abrió un poco más y súbitamente apareció la mano seguida de un largo y blanco brazo descarnado. Agarró por el pescuezo al perro del espejo y lo arrastró velozmente, pateando y debatiéndose, al otro lado de la puerta.

»Agrippa había vuelto ya a mi lado tras cobrar la bola de papel, pero no me fijé en él, pues tenía la mirada clavada en el espejo. Pocos minutos después reapareció de repente la mano. ¿Era mi imaginación o ahora parecía más fuerte? En cualquier caso, se curvó en torno a la hoja de la puerta y la cerró por completo, dejando en la pintura blanca una serie de huellas de dedos ensangrentados que me revolviéron el estómago. El Agrippa real, con la bola de papel de periódico en la boca, me olfateaba la pierna solicitando mi aprobación, mientras que Dios sabe qué destino habría corrido su reflejo detrás de la puerta del espejo.

»Decir que estaba temblando es decir poco.

Apenas podía dar crédito a la evidencia de mis sentidos. Me quedé sentado mirando hacia el espejo durante largo rato, pero no sucedió nada más. Finalmente, todavía con un hormigueo de miedo en la piel, me levanté y examiné el espejo y la puerta que daba entrada al salón. Ambos tenían un aspecto completamente normal. Sentía un deseo acuciante de abrir la puerta y comprobar si también se abría su reflejo en el espejo, pero si he de ser sincero, tenía demasiado miedo de molestar a aquello que acechaba tras la puerta del espejo, fuera lo que fuera.

»Miré hacia lo alto del espejo y por primera vez vi que tenía la misma inscripción que había encontrado en el del desván: *Soy tu siervo. Aliméntame y libérame. Yo soy tú.* Me pregunté si aquello se referiría al ser que estaba tras la puerta. *Aliméntame y libérame*, ¿era eso lo que había hecho yo al dejar que el perro se acercara a la puerta? ¿Estaba ahora aquel ser devorando al perro que había atrapado en el espejo? Me estremecí al pensarlo. Decidí que lo único que podía hacer era conseguir un buen descanso nocturno, pues estaba agotado y sobreexcitado. Al día siguiente, me aseguré a mí mismo, encontraría alguna explicación cabal para todo aquel galimatías.

»Tras coger al gato y llamar al perro (pues, si he de decir la verdad, necesitaba la compañía de los animales), salí del salón azul. Mientras cerraba la puerta me quedé helado de espanto al oír una voz ronca y áspera que me deseaba "*Bonne nuit*" en tono mimoso. Uno o dos instantes después me di cuenta de que había sido el loro Octavius, y casi me desmayé de alivio.

»El gato Clair dormitaba pacíficamente en mis brazos, pero tuve que animar un poco a Agrippa para *que* me acompañara al *piso* de arriba, pues era obvio que nunca le habían permitido pasar del piso bajo. Al final, con recelo que pronto se convirtió en excitación por la *novedad*, me *siguió* escaleras arriba. El fuego del dormitorio se había apagado, pero *el* aire estaba aún caliente. Me desnudé y me metí en la cama sin más preámbulos, con Agrippa a un lado y Clair al otro. Me consolaba mucho sentir junto a mí sus cálidos cuerpos, pero no me avergüenza decir que además dejé las velas encendidas y la puerta de la habitación bien cerrada.

»Al día siguiente, nada más despertar, advertí inmediatamente el silencio. Abrí las contraventanas y hallé en el exterior un mundo embozado por la nieve. Debía haber estado nevando con regularidad durante toda la noche, y ahora había grandes montones blancos sobre la superficie de las rocas, en los árboles desnudos, a lo largo de la orilla del río y sobre el puente que unía la casa con la tierra firme, donde se había apilado un gran colchón de nieve de unos dos metros de profundidad. Todos los alféizares de las ventanas y todos los salientes de los aleros ostentaban un temible arsenal de carámbanos, Y los alféizares aparecían esmaltados por una delgada capa de hielo. El cielo tenía un tinte gris oscuro y estaba bajo, por lo que me di cuenta de que se avecinaba más nieve aún.

»Aunque hubiera querido abandonar la casa, las carreteras estaban ya intransitables; otra nevada más y quedaría completamente aislado del mundo exterior. Debo decir que, al recordar mis experiencias de la noche anterior, este hecho me hizo sentirme un tanto intranquilo. Pero me reprendí, y cuando terminé de vestirme me las había arreglado ya para convencerme de que mi experiencia en el salón azul había sido fruto de un exceso de buen vino y de una imaginación sobreexcitada.

»Calmado así, bajé las escaleras, cogí en brazos a Clair, llamé a Agrippa y cobrando valor abrí de golpe la puerta del salón azul y entré. Estaba como lo había dejado, los platos sucios y la botella de vino junto a mi sillón, y las raíces de castaño de la chimenea convertidas en ceniza de un delicado tono gris que se agitó levemente por obra de la súbita corriente de aire que entró por la puerta.

Pero era lo único que se agitaba en la habitación. Todo estaba en orden. Todo era normal. Exhalé un suspiro de alivio. Hasta que no estuve en medio de la habitación no eché una ojeada al espejo. Me detuve súbitamente como si hubiera topado con un muro de ladrillos, y la sangre se me heló en las venas, pues no podía creer lo que estaba viendo.

»En el espejo me reflejaba yo con el gato en brazos, pero no había ningún perro a mis talones, aunque Agrippa me estaba olfateando los tobillos.

»Durante varios segundos quedé estupefacto donde estaba, incapaz de dar crédito al testimonio de mis sentidos, mirando primero al perro que tenía a los pies y luego al espejo sin reflejo del animal. y o, el gato y el resto de la habitación estábamos reflejados con perfecta claridad, pero no había ninguna imagen de Agrippa. Dejé caer al gato al suelo (donde siguió reflejándolo el espejo) y cogí en brazos a Agrippa. Aparecí en el espejo sosteniendo en brazos un

objeto imaginario. Cogí apresuradamente el gato y así, con Clair bajo un brazo y un perro invisible bajo el otro, salí del salón azul y cerré concienzudamente la puerta a mis espaldas.

»Una vez en la cocina me avergonzó descubrir que me temblaban las manos. Di un poco de leche a los animales (la forma en que Agrippa despachó la suya no dejó duda alguna de que era un animal de carne y hueso) y me preparé algo para desayunar. Mientras freía huevos y jamón muy ahumado tenía la mente ocupada por lo que había visto en el salón azul. A menos que estuviera loco -y nunca me había sentido más cuerdo en toda mi vida-, me veía obligado a admitir que había experimentado lo que había visto, por muy increíble que me pareciese y de hecho me parece aún. Aunque me aterrorizaba lo que fuera que estuviera acechando tras la puerta del espejo, me sentía también lleno de una curiosidad irresistible, un deseo de ver cómo era el ser que poseía aquella descarnada mano cerúlea, aquel demacrado brazo amarillento.

»Decidí que aquella misma noche intentaría hacer salir al ser para poder así examinarlo. Lo que me proponía hacer me llenaba de horror, pero mi curiosidad era mayor que mi miedo. Pasé el día catalogando libros en el estudio, y al anochecer encendí de nuevo la chimenea del salón, me preparé la cena, la subí junto con una botella de vino y me acomodé junto al fuego. Sin embargo, esta vez había tomado la precaución de armarme con un sólido bastón de ébano. Esto me dio cierta sensación de seguridad, aunque sólo el cielo sabe de qué podría servir un bastón contra un adversario surgido de un espejo. Según resultó, armarme con aquel bastón fue lo peor que podía haber hecho, y estuvo a punto de costarme la vida.

»Cené con los ojos clavados en el espejo, mientras los dos animales dormían a mis pies como habían hecho la noche anterior. Cuando terminé de cenar seguía sin haber ningún cambio en la imagen de la puerta reflejada en el espejo. Me recliné en el sillón, observándolo entre sorbos de vino. Una hora después el fuego empezó a menguar. Me levanté a alimentarlo con algunos leños, y acababa de volverme a sentar cuando vi que el tirador de la puerta empezaba a girar con suma lentitud. Milímetro a milímetro, la puerta se abrió más o menos un pie. Resultaba increíble que la apertura de una puerta pudiera estar cargada de tantas amenazas, pero la forma lenta y furtiva en que se deslizaba por la alfombra era indescriptiblemente maligna.

»Luego apareció la mano, que avanzaba muy despacio, curvándose sobre la alfombra hasta que la muñeca y parte del amarillento antebrazo quedaron a la vista. Se detuvo durante un momento, fláccidamente posada sobre la alfombra; luego, como si el ser que controlaba la mano estuviera ciego, empezó a tantear a su alrededor de una forma que daba náuseas.

»Me pareció el momento adecuado para poner en marcha el plan que con tanto cuidado había preparado. Había dejado deliberadamente sin comer a Clair para que estuviera hambriento; ahora le desperté y agité bajo su nariz un trozo de carne que había traído con este propósito de la cocina. Sus ojos se agrandaron y dejó escapar un fuerte maullido de excitación. Agité la carne bajo su nariz hasta que se puso frenético y luego la arrojé por la habitación de modo que cayera sobre la alfombra cerca de la puerta firmemente cerrada. Comprobé en el espejo que había caído cerca, pero no demasiado cerca de la mano que seguía tanteando ciegamente a su alrededor.

»Lanzando un fuerte gemido de hambre,

Clair cruzó rápidamente la habitación en su busca. Confiaba en que el gato pasara lo bastante lejos de la puerta como para tentar al ser a abrirla, pero pronto me di cuenta de que había caído demasiado cerca. Cuando el reflejo de Clair se detuvo y el gato se inclinó para coger la carne con la boca, la mano dejó su ciego tanteo. Lanzándose hacia adelante con una rapidez increíble, agarró a Clair por la cola y lo arrastró, debatiéndose y retorciéndose, detrás de la puerta. Como la vez anterior, momentos después reapareció la mano, se curvó en torno a la puerta y la cerró lentamente, dejando en la madera huellas de dedos ensangrentados.

»Pensé que lo que hacía doblemente horrible todo aquello era el contraste entre la rapidez y ferocidad con que la mano aferraba su presa y la forma lenta y furtiva en que abría y cerraba la puerta. Clair volvió entonces con la carne en la boca para comérsela cómodamente junto al fuego, y al igual que Agrippa, no parecía haber empeorado nada por haberse quedado sin reflejo. Aunque

velé hasta después de medianoche, la mano no volvió a aparecer. Entonces cogí a los animales y me fui a la cama, decidido a idear un plan por la mañana que obligara a mostrarse a la cosa que había tras la puerta.

»Al anochecer del día siguiente había terminado ya la clasificación Y el catálogo preliminares de los libros de la planta baja de la casa. El paso siguiente era subir a la Galería Larga, donde estaba albergado el grueso de la biblioteca. Aquel día me sentía un tanto cansado, de modo que hacia las cinco decidí salir a dar una vuelta para respirar un poco de aire fresco. Pero mis esperanzas quedaron frustradas. Había estado nevando sin parar desde mi llegada, y ahora los relucientes montones de nieve eran tan altos que no podía atravesarlos. La única forma de salir del patio central y cruzar el puente hubiera sido abrir un sendero, y esto hubiera supuesto apartar una crujiente capa de nieve de unos dos metros de profundidad. Algunos de los carámbanos que colgaban de los canalones, los alféizares de las ventanas y las gárgolas tenían un metro o metro y medio de largo, y eran tan gruesos como mi brazo.

»Los animales no quisieron acompañarme, pese a lo cual intenté dar unos pasos por aquel espacioso mundo blanco, tan silencioso y frío como el fondo de un pozo. La nieve protestaba bajo mis pies con crujidos semejantes a chillidos de ratones, y me hundía en ella hasta las rodillas, por lo que no tardé en abrirme paso de nuevo hasta la casa. Seguía nevando con copos tan grandes como relojes de diente de león, que espesaban la pasta blanca depositada sobre las tejas y aguilones del tejado. Reinaba ese silencio completo que trae la nieve, sin ningún ruido, ningún canto de pájaro, ningún silbido del viento; un silencio casi tangible, -como si una crujiente bufanda blanca amordazara al mundo vivo.

»Frotándome las manos heladas me apresuré a entrar, cerré la puerta principal y me dirigí a la cocina para prepararme la cena. Mientras se hacía encendí una vez más la chimenea del salón azul, y cuando estuvo lista la subí hasta allí, como tenía ya por costumbre, en compañía de los animales. Me armé de nuevo con el sólido bastón, y esto me produjo un pequeño consuelo. Tomé la cena y bebí el vino mientras observaba el espejo, pero la mano no apareció. Me preguntaba dónde estaría. ¿Merodeaba por ahí, explorando un reflejo de la casa oculto tras el espejo, un reflejo que yo no podía ver? ¿O existía sólo cuando se convertía en reflejo sobre el espejo que yo contemplaba? Meditando en estas cosas, y calentado por el fuego, me adormecí, y al cabo de un rato me quedé profundamente dormido en contra de mi voluntad. Debía llevar durmiendo cosa de una hora cuando me despertó bruscamente el sonido de una voz, una voz delgada y cascada que cantaba de modo estridente:

*Aupres de ma blonde, aupres de ma blonde, Qu'i! fait bon dormir ...*

»Después se oyó una áspera carcajada histérica

»Medio dormido como estaba, tardé un momento en darme cuenta de que la canción y la carcajada provenían de Octavius. La impresión de oír de repente una voz humana como aquella fue considerable, y el corazón me latía a ritmo acelerado. Eché una ojeada a la habitación Y comprobé que las jaulas de los canarios y Octavius seguían donde las había dejado. Luego miré al espejo, y me quedé paralizado en el sillón. Sufrí una revulsión y un terror que sobrepasaba cualquier emoción que había sentido hasta entonces. Mi deseo se había cumplido, y la cosa de detrás de la puerta había aparecido. Con qué fervor imploré a Dios, cuando la contemplé, que me hubiera hecho cerrar el salón azul después de la primera noche para no volver a entrar jamás en él.

»EI ser -debo llamarlo así, pues apenas parecía humano- era pequeño y jorobado, y llevaba lo que me pareció a todas luces un sudario, una prenda de lino amarillento salpicada de manchas de moho y suciedad, desgarrada en algunos sitios en que el tejido se había desgastado, enrollada por arriba como una bufanda en torno a la cabeza de la cosa. En aquel momento, lo único que resultaba visible de su cara era un flequillo desigual de pelo naranja desvaído que caía sobre una frente enteramente surcada de arrugas, y debajo, dos grandes ojos de color amarillo claro que



miraban con la feroz arrogancia impersonal de los de un macho cabrío. Más abajo, una de las pálidas manos de la cosa, rematada con negras uñas, sostenía en su lugar el arrugado sudario.

»Se encontraba tras la gran jaula que había albergado a los canarios. La jaula estaba ahora retorcida y destrozada, destripada como un caballo en el ruedo, y cubierta de una nube de plumas amarillas que se pegaban a las manchas de sangre de los barrotes. Advertí que había unas cuantas plumas amarillas entre los dedos de la mano del ser. Mientras le contemplaba, se trasladó de los restos de la jaula de los canarios a la mesa de al lado, donde había puesto la del loro. Se movía lentamente, con una acusada cojera, y más que otra cosa parecía arrastrar un pie después del otro. Llegó a la jaula, en la que el reflejo de Octavius se balanceaba de un lado a otro sobre su percha.

»El pájaro real de la habitación seguía cantando y profiriendo de vez en cuando agudas carcajadas. En el espejo, el ser contemplaba al loro en la jaula con sus feroces ojos amarillos. Luego, las manos de la cosa se lanzaron súbitamente hacia adelante y sus dedos se curvaron sobre los barrotes, retorciéndolos y separándolos.

Como tenía ambas manos ocupadas, la parte del sudario que cubría la cara resbaló, revelando el rostro más repugnante que he visto en mi vida. La mayor parte de los rasgos que había debajo de los ojos parecían haber sido devorados, bien por pudrición o por alguna enfermedad semejante a la lepra. Donde debería haber estado la nariz había sólo dos agujeros negros de bordes desiguales. Le faltaba toda una mejilla, por lo que los huesos de la mandíbula superior e inferior, con encías mohosas y dientes cariadados, aparecían a la vista. Hilos de saliva brotaban de la boca y caían sobre los pliegues del sudario. Finas arrugas surcaban lo que quedaba de los labios, por lo que parecían fuertemente cosidos con un hilo de algodón.

»Lo que empeoraba todo ello, como espectáculo macabro, era que uno de los repugnantes dedos del ser llevaba un gran anillo de oro sobre el que un ópalo fulguraba como el fuego cuando movía la mano, ocupada en retorcer el metal de la jaula. En una aparición tan cadavérica, este refinamiento servía sólo para realzar su repulsivo aspecto.

»Finalmente consiguió separar bastante los alambres como para meter las manos en la jaula por el hueco. El loro seguía meneándose y balanceándose sobre su percha, mientras que el verdadero Octavius seguía cantando y riendo. El ser agarró al loro, que aleteó y se debatió en sus manos, mientras Octavius continuaba cantando. Sacó al pájaro de la jaula rota, lo alzó hasta su obscena boca y le partió el cráneo como si fuera una nuez. Luego empezó a sorber con deleite los sesos del cráneo destrozado, mientras algunas plumas y fragmentos de hueso y cerebro se mezclaban con la saliva que caía de la boca cosa sobre el sudario.

»Sentí tal repulsión y al mismo tiempo tal rabia ante lo que hacía el ser que agarré el bastón y me puse en pie, temblando de cólera. Me acerqué al espejo, y según lo hacía y aparecía mi reflejo, me di cuenta de que (en el espejo) me estaba acercando a la cosa por detrás. Seguí avanzando hasta que estuve junto a ella en el reflejo, y entonces levanté el bastón.

»De repente los ojos del ser parecieron echar llamaradas en su cara desintegrada. Interrumpió su nauseabundo banquete y dejó caer al suelo el cadáver del loro, volviéndose al mismo tiempo para encarar mi reflejo con tal rapidez que me cogió de improviso y me quedé allí, mirándole, con el bastón levantado. El ser no dudó ni un instante, sino que se lanzó hacia adelante y aferró mi garganta del reflejo con sus fuertes y enjutas manos.

»Este repentino ataque hizo tambalearse hacia atrás a mi reflejo, que dejó caer el bastón. El ser y mi reflejo cayeron detrás de la mesa y les vi revolcándose por el suelo. Horrorizado, dejé caer el bastón, y corriendo hasta el espejo golpeé inútilmente contra el cristal. Al cabo de un rato cesó todo movimiento detrás de la mesa. No veía lo que pasaba, pero convencido de que el ser estaba tratando a mi reflejo como había tratado al del perro y el gato, seguí golpeando contra la superficie de cristal.

»Al fin salió el ser de detrás de la mesa, moviéndose con aire inseguro y jadeando. Me daba la espalda. Permaneció así durante unos segundos; luego se agachó, y agarrando mi cuerpo del

reflejo lo arrastró lentamente tras la puerta. Mientras lo hacía advertí que el cuerpo tenía la garganta desgarrada.

»Al cabo de un rato reapareció el ser, relamiéndose los labios de antemano. Entonces cogió el bastón de ébano y volvió a desaparecer. Estuvo unos diez minutos fuera, y cuando regresó venía devorando -para mi horror y cólera- una mano cortada, como un hombre zampándose una alita de pollo. Olvidando todo miedo volví a golpear el espejo. Lentamente, como si tratara de decidir de dónde venía el ruido, el ser se volvió, con los ojos destellando de un modo terrible y la cara cubierta de sangre que sólo podía ser mía.

»Me vio, y sus ojos se agrandaron con una expresión feroz y maliciosa que me dejó helado. Empezó a acercarse lentamente al espejo, y mientras lo hacía dejé mi vano martilleo sobre el cristal y retrocedí, aterrado por la amenaza que leía en los ojos cabrunos de la cosa. Avanzó despacio, con sus fieros ojos clavados en mí como si me acechara. Cuando estuvo cerca del espejo alargó las manos y tocó el cristal, *dejando huellas de dedos ensangrentados y plumas grises y amarillas pegadas a él*. Palpó delicadamente la superficie del espejo, como lo haría alguien para comprobar la fragilidad del hielo en un estanque, y luego convirtió sus espantosas manos en puños nudosos y golpeó furiosa y repetidamente el cristal, produciendo un tamborileo sobrecogedor en la silenciosa estancia. Después abrió las manos y volvió a palpar el cristal.

»El ser se me quedó contemplando durante un momento, como si meditara. Era evidente que me veía, y sólo pude concluir que aunque mi cuerpo no se reflejara en mi lado del espejo, había de ser visible como reflejo en el espejo que formaba parte del mundo de azogue en el que habitaba aquel ser. De repente, como si hubiera tomado alguna decisión, se volvió y echó a cojear por la habitación. Desapareció por la puerta sólo para reaparecer un instante después, con gran alarma por mi parte, llevando en las manos el bastón de ébano que había llevado mi reflejo. Me di cuenta con terror de que si podía oír al ser golpear el cristal con sus manos, debía ser de alguna forma *sólido*. Esto significaba que si acometía el espejo con el bastón, lo más probable era que el cristal se hiciera añicos y que el ser pudiera entonces abrirse paso de algún modo hasta mí.

»Mientras cojeaba por la habitación me decidí. Ni yo ni los animales íbamos a permanecer un minuto más en el salón azul. Corrí hasta donde estaban los animales, dormidos frente al fuego, y cogiéndolos en brazos atravesé apresuradamente la habitación y los arrojé sin ceremonia al vestíbulo. Mientras me volvía y corría hacia las jaulas de los pájaros el ser llegó al espejo, hizo girar el bastón en torno a su cabeza y lo dejó caer con estrépito. Vi que parte del espejo se emblanquecía y astillaba como el hielo de un estanque al golpearlo con una piedra.

»No esperé más. Cogí las dos jaulas, crucé a toda prisa la habitación, las arrojé al vestíbulo y salí tras ellas. Mientras agarraba la puerta y empezaba a cerrarla oí otro golpe estrepitoso. Vi un gran trozo de espejo que caía tintineando al suelo, y en el hueco que dejó, sobresaliendo en el salón azul, el brazo descarnado y torcido del ser con el bastón de ébano en ristre. No esperé a ver más, sino que cerré la puerta de golpe, hice girar la llave en la cerradura y me apoyé contra la sólida madera con el corazón desbocado, la cara bañada en sudor.

»Instantes después recobré el ánimo y bajé a la cocina, donde me serví una buena medida de coñac. La mano me temblaba tanto que apenas podía sostener el vaso. Ordené desesperadamente mis ideas y traté de reflexionar. Me daba la impresión de que, una vez roto, el espejo le servía al ser como *entrada* a mi mundo. No sabía si esto sucedía así con aquel espejo concreto o con todos, ni tampoco si le impediría la entrada o le ayudaría a lograrla en caso de que rompiera cualquier espejo que pudiera servir como tal.

»Temblaba de miedo pero sabía que tenía que hacer algo, pues era obvio que el ser me perseguiría por toda la casa. Bajé al sótano, encontré un hacha corta de hoja ancha y luego, recogiendo el candelabro, subí de nuevo al piso bajo. La puerta del salón azul estaba firmemente cerrada. Cobré ánimos y entré en el estudio de al lado, donde sabía que había un espejo de

tamaño medio colgado de la pared. Me acerqué a él, con el candelabro en alto y el hacha preparada.

»Era una curiosa sensación estar frente a un espejo sin verte. Me quedé así un momento y luego me sobrecogí de terror, pues en el espejo, donde debería haber estado mi reflejo, apareció la cadavérica cara del ser mirándome con ojos dementes y lascivos. Sabía que era el momento en que tendría que comprobar mi teoría, pero aun así vacilé un segundo antes de descargar el hacha contra el cristal, que se astilló y cayó al suelo en añicos de forma estrepitosa.

»Después de dar el golpe retrocedí y me quedé con el arma en alto, dispuesto a presentar batalla si el ser trataba de abrirse paso hasta mí a través del espejo, pero parecía que con la desaparición del cristal había desaparecido también el ser. Supe que mi idea era acertada: si se rompía el espejo desde mi lado dejaba de ser una entrada. Para salvarme tenía que romper todos los espejos de la casa y hacerlo deprisa, antes de que el ser los alcanzara y los atravesara. Alzando el candelabro pasé rápidamente al comedor, donde había un gran espejo al que llegué en el preciso momento en que lo hacía el ser. Por fortuna lo hice añicos de un golpe antes de que el ser pudiera romperlo con el bastón que todavía llevaba.

»Moviéndome todo lo deprisa que podía sin apagar las velas, subí al primer piso. Una vez allí fui rápidamente de dormitorio en dormitorio, y de cuarto de baño en cuarto de baño, haciendo estragos. El miedo debió prestar alas a mis pies, pues llegué a todos los espejos antes de que 10 hiciera el ser, y me las arreglé para romperlos sin ver señal alguna de mi adversario. Sólo quedaba ya la Galería Larga, con sus diez enormes espejos, más o menos, colgando entre las altas estanterías. Me dirigí hacia ella con la máxima rapidez posible, andando por alguna estúpida razón de puntillas. Al llegar a la puerta me asaltó el terror ante la idea de que el ser hubiera llegado antes que yo y me estuviera esperando en la oscuridad. Pegué la oreja a la puerta, pero no oí nada. Respirando profundamente, la abrí de golpe y sostuve el candelabro en alto.

»Ante mí estaba la Galería Larga envuelta en una suave oscuridad aterciopelada, tan anónima como la de la madriguera de un topo. Entré en ella y las llamas oscilaron y se retorcieron al extremo de las velas, agitando las sombras que ocultaban el suelo y las paredes como fúnebres gallardetes negros. Di unos pasos por la habitación tratando de atisbar el extremo opuesto de la galería, demasiado lejano para que le alcanzara la luz de mis velas, pero me pareció que todos los espejos estaban intactos. Dejé apresuradamente el candelabro sobre una mesa y me volví hacia la larga hilera de espejos. En aquel momento el corazón me dio un vuelco al oír un fuerte estrépito tintineante. Un instante después me di cuenta con mareante alivio de que lo que había oído no era el ruido de un espejo al romperse, sino el de un gran carámbano que se había desprendido de una de las ventanas y se había estrellado contra el patio, produciendo un sonido semejante.

»Sabía que tenía que actuar rápidamente antes de que aquella cojeante monstruosidad se arrastrara hasta la Galería Larga y entrara en ella. Agarré con fuerza el hacha y fui de espejo en espejo, provocando una destrucción que hubiera encantado a una pandilla de colegiales. Golpeaba una y otra vez con el hacha la tersa superficie, como un hombre rompiendo el hielo de un lago, y el cristal se astillaba y emblanquecía y luego resbalaba, con los añicos repicando musicalmente mientras caían, para estrellarse con estrépito contra el suelo. En medio de aquel silencio, el ruido era extraordinariamente fuerte.

Llegué al penúltimo espejo. Mientras la hoja de mi hacha lo hacía añicos, el de al lado se agrietó y rompió, y por la abertura apareció el bastón de ébano, sostenido por aquella horrible mano. En mi terror dejé caer el hacha, me volví y eché a correr, deteniéndome sólo para coger al vuelo el candelabro. Cuando cerraba la puerta de golpe entreví algo blanco que luchaba por salir del espejo más lejano de la Galería.

»Me apoyé contra la puerta con el corazón desbocado, temblando de espanto, y escuché. A través de la puerta cerrada me llegaron débilmente ruidos casi imperceptibles de cristal

tintineante; luego se hizo el silencio. Agucé el oído, pero no oí nada. Luego sentí contra la espalda el tirador de la puerta, que giraba lentamente. Helado de miedo, me aparté de un salto y contemplé fascinado cómo se movía el tirador, hasta que el ser se dio cuenta de que la puerta estaba cerrada con llave. Entonces oí un alarido de ira frustrada, un grito agudo, áspero e indescriptiblemente maligno y amenazador, tan espantoso que a punto estuve de dejar caer el candelabro.

»Me apoyé contra la pared, temblando y enjugándome el sudor de la cara, pero lleno de alivio. Todos los espejos de la casa estaban rotos, y firmemente cerradas las dos únicas habitaciones a las que tenía acceso aquella cosa. Por primera vez en veinticuatro horas me sentí seguro. En el interior de la Galería Larga, el ser se arrastraba en torno a la puerta como un cerdo en una pocilga. Luego dio otro grito espeluznante de ira frustrada y se hizo el silencio. Presté atención durante varios minutos pero no oí nada, por lo que alzando el candelabro empecé a bajar las escaleras.

»Me detuve varias veces a escuchar. Descendía lentamente, para que el roce de mi manga contra el abrigo no estorbara mi escucha. Contenía el aliento. Sólo oía a mi corazón, martilleando contra mis costados como una mano desesperada, y la leve crepitación de las llamas de las velas, que oscilaban al compás de mis movimientos. Lentamente, con todos los sentidos alerta, descendí hacia el piso bajo de aquella adusta y fría casa deshabitada.

»Me detuve a escuchar en el descansillo del tramo de escaleras que conducía al vestíbulo, y me quedé tan quieto que hasta las llamas de las velas permanecieron erguidas, como un bosquecillo de cipreses de color naranja. No oí nada. Dejé escapar el aliento de un lento suspiro de alivio, doblé el recodo y vi lo único que había olvidado, el espejo de cuerpo entero que pendía al pie de la escalera.

»El horror me hizo casi dejar caer el candelabro. Lo agarré de modo más firme con mis manos sudorosas. Allí estaba el espejo, colgando inocentemente de la pared, reflejando sólo algo tan poco alarmante como el tramo de escaleras que estaba a punto de descender. Todo estaba en silencio. Rogué que la cosa siguiera aún en el piso de arriba, arrastrándose en torno a los restos de una docena de espejos rotos. Empecé a bajar lentamente las escaleras. A medio camino me detuve de repente, paralizado por el miedo, pues en lo alto del espejo, según descendía hacia el vestíbulo, aparecieron reflejados los pies deformes y descalzos del ser.

Me sentí inmovilizado por el pánico, y no supe qué hacer. Sabía que debía romper el espejo antes de que el ser descendiera hasta el nivel en que podría verme, pero para hacer esto tendría que arrojar contra él el candelabro, y ello me dejaría a oscuras. ¿Y suponiendo que fallara? Que aquella cosa monstruosa me atrapara en las escaleras en medio de la oscuridad era más de lo que podía soportar. Vacilé, y vacilé durante demasiado tiempo, pues el renqueante ser bajó las escaleras con sorprendente rapidez, valiéndose del bastón para apoyarse y agarrándose a la barandilla con la otra cadavérica mano, sobre la que el anillo del ópalo relucía al compás de sus movimientos. Aparecieron su cabeza y su cara en descomposición, me miró ferozmente a través del espejo y gruñó. Seguía sin poder hacer nada. Estaba clavado en aquel sitio, sosteniendo en alto el candelabro, y me sentía incapaz de moverme.

»Me parecía más importante tener luz para ver lo que hacía el ser que intentar utilizar el candelabro para romper el espejo. El ser echó hacia atrás su descarnado brazo, alzó el bastón y lo dejó caer. Se oyó un ruido estrepitoso, los añicos del espejo se volvieron opacos y mientras caían apareció entre ellos el brazo de la criatura. Cayó más cristal, hasta que estuvo todo en el suelo y el marco quedó despejado. Arrastrándose y gimiendo ávidamente, como un perro al que hubieran mostrado un plato de comida, el ser salió por el hueco y cayó sobre los trozos del espejo, que crujieron y se quebraron bajo sus pies. Con los llameantes ojos clavados en mí, abrió la boca y profirió un agudo chillido de triunfo, mientras caía la saliva de los restos putrefactos de sus mejillas. Oí cómo rechinaban sus dientes cuando los hizo entrechocar.

»Era una visión tan espantosa que el pánico me obligó a hacer algo. Rogando que mi puntería fuera buena, alcé el pesado candelabro y lo arrojé contra el ser. Durante un instante pareció quedar suspendido en el aire, con las velas aún encendidas, mientras la cosa me miraba con fiereza entre los restos del espejo; luego el pesado y vistoso arma le golpeó. Mientras se apagaban las velas oí el golpe sordo y el gruñido que dio el ser, seguidos del ruido que hizo el candelabro al chocar contra el suelo de mármol y del de un cuerpo cayendo. Luego se hizo la oscuridad y un silencio absoluto.

»No podía moverme. Temblaba de miedo y esperaba sentir de un momento a otro aquellas horribles manos blancas cerrándose en torno a mi garganta o mis tobillos. No sucedió nada. Ignoro cuántos minutos estuve así. Al fin oí un leve suspiro gorgoteante, y luego se hizo de nuevo el silencio. Inmóvil en la oscuridad esperé, pero siguió sin pasar nada. Cobrando valor me metí la mano en el bolsillo para sacar las cerillas. Las manos me temblaban tanto que me resultó muy difícil encender una, pero al final lo conseguí. La débil luz que arrojaba sólo me dejó entrever que el ser yacía encogido bajo el espejo, un bulto encorvado que parecía muy oscuro bajo la parpadeante llanita. Pensé que o estaba inconsciente o estaba muerto, y luego lancé una maldición cuando la cerilla me quemó los dedos, y la dejé caer. Encendí otra y descendí cautelosamente las escaleras. También aquélla se apagó antes de que llegara al pie de las escaleras, y me vi obligado a detenerme para encender otra. Me incliné sobre la cosa, acercando la cerilla, y luego retrocedí con súbito horror ante lo que vi.

»*Allí, con la cabeza en un charco de sangre, yacía Gideon.*

»A la parpadeante luz de la cerilla, mientras la cabeza me daba vueltas, me quedé mirando fijamente su rostro. Vestía como la última vez que le vi. El gorro de astracán se le había desprendido de la cabeza, y la sangre manaba a borbotones de su sien, donde le había golpeado el candelabro. Le ausculté el pecho y le tomé el pulso, pero estaba muerto. Despojados ahora del fuego de su personalidad, sus ojos me miraban ciegamente. Volví a encender las velas y luego me senté en las escaleras y traté de entenderlo. Todavía hoy sigo intentándolo.

»Ahorraré a mis lectores los detalles de mi subsiguiente detención y juicio. Todos aquellos que leen periódicos recordarán mi humillación; cómo no quisieron creer (sobre todo cuando encontraron los cadáveres estrangulados y medio devorados del perro, el gato y los pájaros) que después de aparecer el ser nos habíamos convertido meramente en reflejos en su espejo. Si yo mismo era incapaz de encontrar una explicación, imaginen cómo encaró la Policía todo el asunto. Los periódicos me llamaron el «Monstruo de la Gorge», y pidieron mi sangre con voces estridentes. Descartando mi historia sobre el ser, la Policía consideró que el hecho de que Gideon me hubiera dejado una gran suma de dinero en su testamento bastaba como prueba.

»Protesté en vano que había sido yo, Dios sabe a costa de cuanto esfuerzo, quien se había abierto paso a través de la nieve para pedir ayuda. Para la Policía, que no cree en cosas de brujería (como tampoco creía yo antes de esto), la respuesta era simple: había matado a mi amigo por dinero y luego me había inventado aquel cuento chino sobre el ser del espejo.

)j La evidencia en contra mía era demasiado fuerte, y el escándalo de la Prensa, al avivar las llamas de la opinión pública, sentenció mi destino. Yo era un monstruo y debía ser castigado. De modo que me condenaron a muerte, a morir bajo la cuchilla de la guillotina. El alba no está ya lejana, y es entonces cuando vaya morir. He pasado el rato escribiendo esta historia con la esperanza de que cualquiera que la lea pueda creerme. Nunca me ha gustado la muerte en la guillotina: me ha parecido siempre uno de los métodos más bárbaros de matar a un hombre. Por supuesto me tienen vigilado, así que no puedo burlar a la que los franceses, con su macabro sentido del humor, llaman la “viuda”. Pero me han preguntado si tengo algún último deseo, y han accedido a dejarme un espejo de cuerpo entero a fin de que me vista para la ocasión. Tengo interés en ver qué ocurrirá.»

Aquí concluía el manuscrito. Debajo, escrito con una letra diferente, estaba el sobrio informe siguiente: *El preso fue hallado muerto ante el espejo. La muerte se debió a un ataque cardíaco. Doctor Lepitre.*

Los truenos seguían retumbando en el exterior, y el fogonazo de los relámpagos iluminaba a intervalos la habitación. No me avergüenza decir que me acerqué al espejo del tocador y colgué sobre él una toalla. Cogiendo luego al bulldog, volví a acostarme y me acomodé con él entre las sábanas.